

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES –SEDE
ECUADOR

MAESTRÍA EN RELACIONES INTERNACIONALES CON MENCIÓN
EN GLOBALIZACIÓN Y DESARROLLO, CONVOCATORIA 1977-1999

20085000

IMPUG-NACION REGIONAL

**DEMANDA AUTONÓMICA E IDENTIDADES REGIONALES Y
NACIONALES EN EL ECUADOR POST FIRMA DE LA PAZ**

AUTOR: FRANKLIN RAMIREZ GALLEGOS

IMPUG-NACION REGIONAL

**Demanda autonómica e identidades regionales y nacionales
en el Ecuador post-firma de la paz**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

franklin ramírez gallegos

quito, 2000

SUMARIO

| | |
|--|------------|
| Introducción | 2 |
| PARTE UNO: IDENTIDADES SOCIALES | 12 |
| Capítulo I. Identidad, poder y estrategia | 13 |
| PARTE DOS: LOS ESCENARIOS | 24 |
| Capítulo II. Acumulacion flexible, reorganizacion espacial y reposicionamiento identitario | 25 |
| Capítulo III. Nación y política | 48 |
| Capítulo IV. Lo nacional-ecuatoriano | 69 |
| PARTE TRES: EL CONFLICTO REGIONAL | 94 |
| Capítulo V. La demanda 'regional-autonómica. | 95 |
| PARTE CUATRO: SALIDAS | 144 |
| Capítulo VI. Suturas | 145 |
| BIBLIOGRAFÍA | 159 |
| ANEXOS | 169 |

SEGUNDA PARTE

LOS ESCENARIOS

Este segundo momento del texto tiene como fin trabajar la dimensión contextual en que emerge y se explica el problema de las identidades regionales y su desafío a los imaginarios nacionales prevalecientes en el Ecuador de fin de siglo.

Los tres capítulos que lo componen buscan generar y situar una imagen densa respecto de los factores diacrónicos en los que se inscribe, y dentro de los que adquiere sentido, el proceso de constitución del discurso regional-autonómico.

En este sentido, el capítulo dos (primero de esta sección) hace alusión a las transformaciones económicas, políticas, espaciales y culturales que se vienen registrando en todo el planeta como expresión de la estabilización y extensión de la globalización. Este proceso, que en breve puede ser descrito como la intensificación de los intercambios económicos, informacionales y culturales entre una pluralidad de puntos geográficamente dispersos pero interconectados, constituye el marco de referencia general para explicar la movilidad y vitalidad de las identidades locales en todo el globo y su expresión en la resignificación de las identidades nacionales -tal y como han sido vistas en términos convencionales: unidad, homogeneidad, continuidad, soberanía- dentro del reacomodo institucional del Estado central a los nuevos patrones de producción y acumulación globales.

Con este encuadre, los dos capítulos restantes trabajan específicamente el problema de la identidad nacional: el primero tiene una perspectiva eminentemente teórica y pone en juego las herramientas analíticas que, en el segundo (cuarto capítulo del texto), me permiten efectuar una interpretación de la cuestión nacional en el Ecuador. Se trata de una lectura de índole politológica que observa a los imaginarios nacionales como objetos de disputa semántica, cultural y política en el curso de un proceso más vasto de construcción y reconstrucción de las identidades subnacionales (étnicas, locales, regionales).

CAPITULO DOS

ACUMULACION FLEXIBLE, REORGANIZACION ESPACIAL Y REPOSICIONAMIENTO IDENTITARIO

La tensión global/local

Para comprender esta suerte de 'disidencia idenutaria' respecto del referente nacional abierto por los discursos regional-autonomistas, es preciso iniciar la reflexión con una suerte de contextualización densa respecto de la relación entre el problema del declive o fraccionamiento de las identidades nacionales y la aceleración de los procesos de globalización financiera, informativa y comunicacional apuntalados dentro de los cambios que en la economía global se han registrado en torno al auge y predominio de la lógica post-fordista de acumulación y regulación económicas y con los efectos que ello ha tenido en el des-dibujamiento de las estructuras institucionales y espaciales "convencionales" -el Estado y la nación, por ejemplo- y en el revitalizamiento de las identidades étnicas, regionales, religiosas, locales.

Se trata de situar el caso ecuatoriano, y la reemergencia en su seno de un conflicto regional de profundas implicaciones, dentro de un movimiento de carácter complejo y mucho más abarcativo que ha propiciado el re-acomodo de las estructuras políticas, territoriales y simbólicas en torno de las cuales se han fijado los principales mecanismos de construcción de las identidades sociales.

2.1 La interacción incesante: lo global y lo local

"O mundo nao é mais apenas, ou principalmente, uma coleção de estados nacionais, mais ou menos centrais e periféricos, arcaicos e modernos, agrários e industrializados, coloniais e associados, dependentes e interdependentes, ocidentais e orientais, reais e imaginários. As nações transformaram-se em espaços, territórios ou elos da sociedade global. Esta é a nova totalidade em movimento, problemática e contraditória. Na medida em que se desenvolve, a globalização confere novos significados à sociedade nacional, como um todo e em suas partes. Assim como cria inibições e produz anacronismos, também deflagra novas condições para uns e outros, indivíduos, grupos, classes, movimentos, nações, nacionalidades, culturas, civilizações" (Ianni, 1993: 73. Enfasis mío).

Utilizo este extenso fragmento del trabajo "Nação e globalização" de Octavio Ianni para introducir

una de las tesis centrales que iluminará la contextualización del proceso de readecuación de las identidades nacionales, a saber, la globalización produciría simultáneamente múltiples y diferenciados efectos sobre las unidades nacionales y cada uno de sus componentes: se trata de un movimiento de resignificación de las relaciones entre actores trans-nacionales (globales) y el Estado-nación, entre éste y las unidades sub-nacionales, regionales y locales e incluso entre éstas últimas y las fuerzas y actores globales. Quisiera sugerir, entonces, que el proceso de globalización debe ser entendido desde una perspectiva territorializada, es decir, advirtiendo que las consecuencias de su despliegue tienen un campo de incidencia que rebasa el marco nacional y reconfigura las expresiones y formas de relacionamiento de los espacios regionales o locales hacia el Estado-nacional y hacia el sistema político y económico transnacional.

Tales movimientos han sido extensamente interpretados¹⁷ desde diversas aproximaciones disciplinarias dentro de las ciencias sociales poniendo el acento en uno de los dos polos de la diada globalización (homogenización, uniformización, integración, centralización) - localización (diversidad, fragmentación, diferencia, descentralización).

Así, la idea de un producto económico-político no exento de especificidad geográfica, resumida en la categoría "espacios locales", aparece como punto de tensión entre visiones apocalípticas sobre los efectos totalizadores de la globalización -todo ocurre en su nombre y en su beneficio- que impedirían cualquier posibilidad de construcción de identidades y procesos de desarrollo local y otras que romantizan lo local como alternativa a un proceso de globalización negativamente connotado, planteando una especie de revolución anti-global que devuelva a los actores locales el poder necesario para generar alternativas genuinas de sociabilidad, integración o desarrollo (cfr. Arocena, 1996).

Se puede observar entonces la confrontación de dos lógicas interpretativas que tensionan los niveles locales, regionales, nacionales y transnacionales: una lógica descendiente -ligada a estrategias de poder y control desde los actores globales dominantes hacia los espacios locales importantes desde el punto de vista económico o político (establecimiento de filiales de empresas multinacionales, de culturas de exportación, normas políticas, económicas y administrativas dictadas por instituciones crediticias transnacionales)- y una lógica ascendente, apoyada en los poderes e iniciativas locales (étnicos, religiosos, comunitarios) de múltiple naturaleza, entre los cuales pueden surgir pistas y proyectos originales y con cierto nivel de autonomía para solucionar problemas encontrados (cfr. Luisa E. Molina y Delfina Trinca, 1993: 235-240).

¹⁷ A continuación hago alusión a una lista preliminar de los autores que se han ocupado del tema y de cuyos relatos extraigo estas observaciones: Néstor García Canclini (1995, 1996), Octavio Ianni (1993, 1995), Manuel Castells y Borja (1997), Saskia Sassen (1996), Robert Cox (1994), James N. Rosenau (1995), David Harvey (1990), Federico Bermejo (1995), Alain Touraine (1993, 1997), David Held (1997), Stuart Hall (1997), Arjun Appadurai (1996), Ulf Hannerz (1996), Anthony Giddens (1995, 1999), Milton Santos (1993), Luisa E. Molina y Delfina Trinca (1993), Norbert Lechner (1998), Carlos A. de Mattos (1989).

Existe, sin embargo, una tercera vía interpretativa que pone las luces en la necesidad de captar la complejidad de las interrelaciones entre lo global y lo local, superar incluso dicha antinomia, por medio de un esfuerzo para asumir el carácter tensionante de tal penetración, y sobre todo por captarla como un contrapunto estructural que puede producir, por igual, restricciones o constricciones y oportunidades o beneficios. Un acceso analítico como este implica que para estudiar las características de la relación global-local es necesario mantener al mismo tiempo una apertura total a lo particular y una capacidad de observación de las maneras como se inscribe lo universal en lo particular. Ello significa alejarse de las euforias localistas utópicas y de las críticas inspiradas en determinismos estructuralistas.

Una tesis como esta supone admitir que todos los procesos sociales, actualmente, están atravesados por las tensiones y los contrapesos entre fuerzas globalizadoras y fuerzas localizantes. Siguiendo los planteamientos de J. Rosenau quisiera sostener que, precisamente, tal dinámica no tiene solo un carácter de cada vez mayor simultaneidad sino que también -y este es el punto nodal de la reflexión- "son interactivas, y que cada incremento de la globalización tiende a causar un incremento de la localización, y viceversa" (1995:22. Subrayado mío). Esta dialéctica ha sido etiquetada por tal autor a través del nombre compuesto "fragmegración" que connota la interacción de la fragmentación y la integración, colocando el acento en la interactividad de los dos procesos. Cabe aclarar que sólo entran en este concepto aquellas situaciones en que la fragmentación y la integración se unen contingentemente y no en todas aquellas en las que se hacen presentes de alguna manera.

La complejidad de este argumento reside en que permite caracterizar tal interactividad no como una simple suma de diversos resultados accidentales sino como un agregado de variables interdependientes que, todas juntas, sostienen y expanden las tensiones que aparecen en los sucesos más diversos sobre los que se habla y escribe cada día.

Precisamente, en las dimensiones políticas, económicas, sociales y culturales la fragmegración fluctuaría entre procesos globalizadores - centralizadores y localizantes - descentralizadores. Los primeros aluden a cualquier tendencia que facilite la expansión de la autoridad, las actividades y los intereses más allá de las fronteras territoriales (sobre todo nacionales) existentes, mientras que los últimos involucran cualquier tendencia en la cual el alcance de la autoridad y la acción experimente una contracción y se revierta sobre intereses, grupos o instituciones hacia el interior de las fronteras territoriales o sociales prevalecientes (cfr. Rosenau, 1995: 22-23 y 48-49).

Soy de la opinión que para sostener y completar esta tesis se hace imprescindible hacer mención de los reajustes que, desde inicios de los años setenta, vienen sucediéndose dentro del sistema económico capitalista global. Se trata de un tránsito que ha causado muchas dificultades de

teorización en las escuelas clásicas, monetaristas, neo-clásicas, keynesianas, marxistas, etc. El punto en común, sin embargo, entre todas estas escuelas es el reconocimiento de que algo ha cambiado de manera violenta en el sistema capitalista desde ese período de la historia.

2.2 Post-fordismo: cambio tecnológico, flexibilidad y descompresión espacial.

En lo que sigue haré referencia a los planteamientos centrales de la escuela regulacionista que, según sostiene David Harvey (1990), es la que más pertinentemente ha caracterizado los cambios en el régimen de acumulación¹⁸ y en el modo de regulación¹⁹ dentro de la economía capitalista de fin de siglo. Con este acercamiento será posible colocar ciertos elementos característicos de lo que los autores dentro de esta corriente interpretativa (Aglietta, Lipietz, Boyer, entre otros) han denominado "economías de acumulación flexible".

La hipótesis general de esta escuela asume que desde 1973²⁰ en adelante la economía capitalista asiste a un período de transición de un régimen de acumulación fordista-keynesiano²¹ a uno de acumulación flexible. Se discute todavía acerca de la profundidad de los cambios registrados y si, en efecto, es pertinente hablar de una profunda transformación o de una mutación con matices y continuidades diversas.

En términos generales el régimen de acumulación flexible está marcado por una directa confrontación con las múltiples rigideces del Fordismo. Se asienta en la flexibilidad del proceso

¹⁸ Por régimen de acumulación se entiende "the stabilization over a long period of the allocation of the net product between consumption and accumulation; it implies some correspondence between the transformation of both the conditions of production and the conditions of reproduction of wage earners. A particular system of accumulation can exist because its schema of reproduction is coherent" (Harvey, 1990: 121)

¹⁹ El modo de regulación alude a una suerte de materialización del régimen de acumulación que toma la forma de normas, hábitos, leyes que regulan "networks and so on that ensure the unity of the process, i.e. the appropriate consistency of individual behaviours with the schema of reproduction. This body of interiorized rules and social processes is called the mode of regulation" (Lipietz, en Harvey 1990:123).

²⁰ En torno de esta fecha se habría producido la crisis global de la economía capitalista -recesión, ajuste de precios petroleros a nivel mundial agravados por el conflicto bélico árabe-israelí, fuertes procesos inflacionarios- que puso en evidencia las falencias del keynesianismo para administrar problemas de desinversión y falta de rentabilidad en el sistema económico (cfr. Harvey, 1990, Regini, 1994).

²¹ Desde el punto de vista de la producción, la estructura rígida del fordismo se caracteriza por la producción en masa de bienes homogéneos y estandarizados, para lo cual usa como elemento central la técnica taylorista de partición y mecanización del proceso de trabajo. Al observar el problema desde el lado del consumo se observa la preminencia del consumo masivo e indiferenciado y de los mercados nacionales sobre los internacionales. Desde la dimensión política, lo característico del fordismo alude a la existencia de un "compromiso de clases" (Przeworski, 1985) en el que la burguesía se compromete a aceptar la democracia como sistema político y a reinvertir parte de la plusvalía obtenida de manera que la acumulación producida ocasione un mejoramiento del bienestar material de los trabajadores; por su parte éstos últimos aceptan la propiedad privada de los medios de producción, y la exacción de la plusvalía (fin de sus aspiraciones maximalistas-revolucionarias). El Estado actúa como garante de este pacto para lo cual mantiene el control de las variables macro-económicas, de la distribución de la riqueza a nivel nacional y de las inversiones. Esto es lo que se conoce como políticas keynesianas (cfr. Harvey, 1990; Ponce, 1995; Regini, 1994).

laboral²², de los mercados de trabajo²³, de los productos y patrones de consumo²⁴, en una reorganización espacial de la producción²⁵ y en nuevas formas de regulación en las relaciones productivas²⁶. Está caracterizado por la emergencia de nuevos sectores productivos y nuevas formas de provisión de servicios financieros, así como del descubrimiento de nuevos mercados; sin embargo, se destaca nitidamente respecto al fordismo por los intensos niveles de innovación tecnológica, organizacional y comercial de los que depende todo el proceso productivo. Así mismo, en este ciclo productivo los mercados transnacionales o globales tienen preponderancia sobre el mercado nacional.

Todos estos atributos han propiciado cambios muy rápidos en los patrones convencionales de desarrollo, "both between sectors and between geographical regions, giving rise, for example to a vast surge in so-called 'service sector' employment as well as to entirely new industrial ensembles in hitherto underdeveloped regions" (Harvey, 1990:147)²⁷.

De esta forma se evidencia que, en la transición hacia regímenes de acumulación flexible, uno de los principales aspectos en transformación es la relación que se establece entre los actores y subsistemas globales y los territorios locales. La flexibilidad, entonces, como principio central de la producción y de la gestión se vincula estrechamente con la necesidad de competir en mercados globales y segmentados tanto temporal como espacialmente: "las nuevas tecnologías aplicadas a los productos, a los procesos y a la gestión, posibilitan una producción funcionalmente flexible y

²² En este nivel, la especialización flexible se caracteriza por el paso de las economías de escala -propias del fordismo- a economías donde no es necesaria la producción en masa de bienes estandarizados, sino que se produce en pequeña escala y bienes diversificados (Regini, 1994; Ponce, 1995). Cabe señalar también que "*the rapid growth of 'black', 'informal', or underground economies has also been documented throughout the advanced capitalist world, leading some to suggest that there is a growing convergence between 'third world' and advanced capitalist labour systems*" (Harvey, 1990: 152). Se trata de la coexistencia de formas de organización tradicional con otras de nuevas y variadas características.

²³ Dos son los principales procesos de cambio que se hacen patentes en este nivel: a) el crecimiento de las dimensiones y del peso de los trabajadores con un status incierto en el mercado de trabajo, b) una mayor oferta de flexibilidad en las reglas de la prestación laboral y en el horario de trabajo, que no necesariamente coincide con la demanda de flexibilidad que procede de las empresas (Regini, 1994). Ello produce una mayor heterogeneización del proceso de trabajo (temporal, parcial, ocasional, doméstico, familiar, etc.) y el crecimiento de la informalidad ocupacional.

²⁴ Se trata de la supresión de la idea del consumo masivo de bienes homogéneos y del auge de una individualización del consumo: un tipo de producto diferente para cada consumidor.

²⁵ La idea de descentralización coordinada emerge como la señal particular que caracteriza a las nuevas modalidades de gestión productiva-empresarial a nivel global: la unidad funcional del proceso es dirigida y monitoreada por un núcleo duro de funcionarios y las diversas etapas o momentos del proceso productivo se suceden dentro de una estructura geográfica altamente dispersa y desconcentrada.

²⁶ La noción de des-regulación explica claramente las nuevas formas de relacionamiento entre el estado, el mercado y los trabajadores: desde los modelos de radical desafección del Estado de cualquier actividad de "vigilancia" económica, propios del neoliberalismo, hasta esquemas intermedios en que los Estados apenas controlan las variables monetarias y fiscales de la economía nacional, se evidencia el cierre del ciclo keynesiano en las responsabilidades público-estatales sobre la distribución de la riqueza. El fin del compromiso de clases, propio del fordismo, y el imperativo de dejar actuar libremente a las fuerzas del mercado marcan los lineamientos directrices de la acumulación flexible (cfr. Harvey, 1990, Regini, 1994, Ponce, 1995).

²⁷ Son conocidos los casos de los 'Silicon valleys', los de la Tercera Italia, y de algunos nichos-enclaves productivos de altísima rentabilidad en los países asiáticos de reciente industrialización.

espacialmente dispersa, a la vez que altamente coordinada e integrada” (Bervejillo, 1995: 13)

Quisiera llamar la atención sobre lo que autores como Giddens (1995), Santos (1993) y Harvey (1990) -con perspectivas y acentos diferentes- han reflexionado en torno a las nuevas formas de relacionamiento entre el tiempo y el espacio estrechamente vinculadas a los cambios en el sistema capitalista global.

En efecto, Giddens reflexiona sobre la forma en que en la actualidad se expresa una “liberación del tiempo y el espacio” -marcada por la invención del reloj mecánico en el siglo XVIII- que permite la universalización del tiempo y su separación de las particularidades locales lo que posibilitó su reorganización social en un sistema global de zonas. Del mismo modo, el espacio -expresado por ejemplo en mapas- se convirtió en una dimensión social universal cuya realidad funcionaba independientemente de una localidad individual. Todo ello ha permitido la organización estable de la actividad humana a través de grandes distancias temporales y espaciales, cuestión que ha permitido un fácil tránsito, un pre-requisito, para la globalización económica y cultural de estos días²⁸. (cfr. 1995, Introducción y Capítulo III, pp. 163-170).

Por otra parte, Milton Santos plantea que la globalización de fin de siglo -apuntalada en la imbricación entre la evolución del conocimiento y el mercado- se basa y propicia una aceleración que no puede ser pensada en términos de velocidad temporal *stricto sensu*, sino además de la imposición de nuevos ritmos sociales en la distribución de ideas, cuerpos y espacios. El predominio de la racionalidad del mercado, cuyas señales particulares son la competitividad y la fluidez, habría constituido al tiempo en escala de todas las cosas, disolviendo las ideas de tamaño, distancias y contigüidades, pero re-densificando las nociones de espacio local y cotidiano como lugares de valorización-activación de los ritmos hegemónicos²⁹ y simultáneamente de contestación y reelaboración de otras temporalidades. En palabras del autor: “...a espacialização chama-se temporalização prática, que nao exclui nenhum dos atores, para poder considerar o espaço que conta, isto é, o espaço banal, considerando todas as dimensões do acontecer. Ora, o acontecer é balizado pelo lugar, e nesse sentido é que se pode dizer que o tempo é determinado pelo espaço” (1993:21).

En el mismo sentido, Harvey habla de “compresión espacio-temporal” (time-space compresión) en el mundo capitalista, para designar un proceso de encogimiento de los horizontes temporales, tanto en los sectores privados como públicos, en la toma de decisiones y en la posibilidad que la

²⁸ En palabras del propio Giddens en otro de sus trabajos: “la globalización no es sólo, ni principalmente, interdependencia económica, sino la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas. Acontecimientos lejanos, económicos o no, nos afectan más directa e inmediatamente que nunca. A la inversa, las decisiones que tomamos como individuos tienen, con frecuencia, implicaciones globales” (1999:43).

²⁹ Esto quiere decir que el espacio se adapta, se actualiza: esto es “sinónimo de adotar os componentes que fazem de uma determinada fração do território o locus de atividades de produção e de troca de alto nível...esses lugares são espaços hegemônicos em que se instalam as forças que regulam a ação em outros lugares” (Santos, 1993:16-17).

innovación en los medios de comunicación y transporte ha otorgado para que estas decisiones sean esparcidas, circuladas y adoptadas inmediatamente sobre una amplia y diversa trama de territorios en el globo (cfr. 1990, Parte III). En este relato, el tiempo pulveriza a la distancia, la disuelve: nuestra experiencia de la distancia entre varios puntos del espacio tiende a acortarse significativamente en términos temporales. Así, las barreras espaciales aparecen como casi inexistentes y el mundo emerge cada vez más como un solo campo dentro del cual el mercado capitalista opera sin grandes bloqueos. Simultáneamente, sin embargo, los flujos de capital, las estrategias de inversión y producción se han hecho más sensibles a las ventajas relativas de localidades específicas³⁰.

De este modo, al mismo tiempo que se descubre un espacio global de interdependencias, flujos y movilidads, que abarca el planeta entero, se visibiliza que su despliegue solo puede efectuarse en relación con sub-componentes espaciales altamente integrados a pesar de la dispersión y la distancia. En consecuencia, aumenta la complejidad de cada territorio y crece la incertidumbre de su futuro desarrollo (cfr. Bervejillo, 1995).

La configuración del sistema productivo en su fase flexible emerge, entonces, en torno de sistemas de coordinación dispuestos a través de una compleja variedad de acuerdos de sub-contratación -que a menudo conectan y relacionan a pequeñas firmas con operaciones multinacionales de larga escala- por medio de la formación de nuevos conjuntos productivos en los cuales las "economías de conglomerado" han adquirido una importancia significativa; del mismo modo abundan los casos de integración de pequeñas empresas o negocios a poderosos grupos y organizaciones financieras y comerciales³¹ (cfr. Harvey, 1990: 157-159).

Lo que me interesa resaltar del nuevo mapa organizativo del capitalismo global de fin de siglo es, precisamente, la plataforma espacial dispersa que abarca, y la movilidad y flexibilidad geográficas con que cuenta para responder de forma diferenciada a los diversos mercados laborales, segmentos productivos y nichos de consumidores existentes. Una intensa innovación institucional, productiva y tecnológica sustenta todo este despliegue.

Existe consenso entre algunos estudiosos del tema respecto a la idea de que esta 'descentralización integrada' del capitalismo flexible ha implicado y ha sido posible por las transformaciones y evoluciones en dos ámbitos de particular importancia: a) el sector informacional-tecnológico y b) la

³⁰ Tal como señalara Carlos A. de Mattos. "las decisiones relativas a los movimientos territoriales del capital (internacional y nacionalmente) responderán cada vez más fuertemente a un cálculo económico que privilegia las diferencias interlocales de tasas de ganancia" (1989:5).

³¹ Un caso ilustrativo es el de la mundialmente famosa marca de ropa Benetton, que no está directamente involucrada en la producción sino que opera como una poderosa maquinaria de marketing que transmite comandos y señales operativas hacia una amplia gama de productores independientes en varios puntos del planeta (cfr. Shapiro, 1998:125-128).

reorganización del sistema financiero global.

a) El mejoramiento y la actualización de la información es, actualmente, uno de los bienes más valorados en la economía global. La propia productividad y rentabilidad del sistema depende de la velocidad de producción, procesamiento y transporte de informaciones así como de su inserción en esquemas de gestión altamente sofisticados (esto es lo que Castells llama "economía informacional").

La capacidad de otorgar respuestas instantáneas a modificaciones en los intercambios de precios, gustos o decisiones depende de la capacidad de acumulación informativa de cada núcleo productivo. *"The emphasis on information has also spawned a wide array of highly specialized business services and consultancies capable of providing up-to-the-minute information on market trends and the kind of instant data analyses useful in corporate decision-making"* (Harvey, 1990).

Todo esto se asienta en una gran revolución tecnológica que, sobre todo en las áreas de la informática, las telecomunicaciones y los transportes, constituye la infraestructura y el código del nuevo espacio global. Las redes telemáticas, públicas o corporativas, se constituyen en el sistema nervioso de todos los nuevos sistemas globales: sean de tipo científico-tecnológico, económico-financiero, político o cultural. Así, además de comunicación, las nuevas tecnologías permiten la acción a distancia y el control centralizado en tiempo real, de procesos altamente complejos y geográficamente dispersos (cfr. Mires, 1996; Castells, 1997; Bervejillo, 1995).

Las redes telemáticas no sólo aportan la base material de los sistemas globales, también proveen la versión más ueta del nuevo paradigma organizativo basado en la idea de flexibilidad y descentralización integrada, "en esta nueva geometría organizacional, la autonomía de las partes y la coordinación del conjunto aumentan a la vez, y se refuerzan en la búsqueda de la mayor productividad y flexibilidad posibles" (Bervejillo, ob. cit.).

b) El segundo factor de gran incidencia en la configuración del mercado global flexible es el sistema financiero transnacional. Asentado en las nuevas tecnologías comunicativas, "las finanzas globales han establecido una red electrónicamente conectada 24 horas al día y virtualmente sin ninguna regulación. La toma de decisiones colectivas sobre las finanzas globales está centrada en las ciudades mundiales -Nueva York, París, Londres, Tokio- antes que en los Estados y se extiende a todo el mundo a través de terminales informáticos" (Cox, 1994:48. Traducción del autor).

Es posible sostener que lo que caracteriza este proceso de re-organización de las finanzas globales es un movimiento dual que, por una parte, propicia la formación de conglomerados financieros de alcance, poder y extensión globales y, por otra genera una rápida proliferación y descentralización

de las actividades y flujos financieros por medio de la creación de nuevos mercados e instrumentos de gestión de las finanzas (cfr. Harvey, 1990; Bervejillo, 1995, Roseanau, 1995). La tensión fragegrativa se evidencia también en este punto.

En cualquier caso, el nuevo sistema financiero puesto en juego desde inicios de 1970 ha cambiado sustancialmente el balance de fuerzas dentro del capitalismo global: el régimen de acumulación flexible ha dado señales evidentes de privilegiar el capital financiero como su núcleo coordinador (de forma distinta a lo que acaecía en el fordismo-keynesianismo en que el capital productivo aparecía como el eje del sistema)³².

Los mercados financieros mundiales operan en tiempos reales y se extienden crecientemente: más de un billón de dólares se negocian al día en transacciones financieras societarias, la proporción de intercambios financieros en relación al comercio se ha multiplicado por cinco en los últimos quince años, el dinero gestionado institucionalmente ha aumentado en un 1100% a escala mundial desde 1970 en contraste con otras formas de capital. La noción de "capitalismo aislado", sugerida por Giddens, parece dar cuenta a cabalidad de este profundo movimiento globalizador en los mercados financieros (1999: 42).

Esto implica, por ejemplo, que el potencial para la formación y procesamiento autónomo de crisis financieras y monetarias es mucho mayor que antes, incluso aún cuando el sistema financiero esté dotado de mayores capacidades para disminuir y dispersar la posibilidad de riesgo en torno de un amplio espectro de empresas, sectores, regiones, países o ciudades con un fácil cambio y redireccionamiento de inversiones: "*much of the flux, instability and gyrating can be directly attributed to this enhanced capacity to switch capital flows around in ways that seem almost oblivious of the constraints of time and space that normally pin down material activities of production and consumption*" (Harvey, 1990: 165).

En suma, estamos frente a un escenario, construido por políticas y acciones concretas de los estados, gobiernos, empresas y otros actores, que ha posibilitado la formación de un espacio global donde fluyen, viajan y se movilizan sistemas productivos³³, bienes, deudas, transacciones crediticias, etc., sobre la base de novedosas formas de movilidad geográfica de fondos, información y personas que, como en una suerte de acumulado histórico, han producido un inédito mercado mundial de mercancías, dinero y crédito.

Los efectos directos de la globalización se perciben en la emergencia de un conjunto de sistemas globales que operan en un espacio mundial de flujos y comunicación bajo la lógica de la

³² Susan Strange denomina "capitalismo de casino" a esta primacía de la lógica de la acumulación financiera. (cfr. 1994).

³³ Esta configuración es denominada por Cox como "internacionalización de la producción", es decir, la división del proceso de trabajo a escala mundial, durante la cual los componentes del proceso productivo y laboral se adicionan sin consideraciones de los límites impuestos por los Estados-nacionales (cfr. 1994:47-48).

descentralización integrada: a la vez, la globalización tiene como contraparte la des-estructuración y re-estructuración de los territorios locales, ello conlleva una serie de cambios en las relaciones políticas entre los distintos polos productivos y poderes locales al interior de cada unidad nacional, en la división internacional e interregional del trabajo, y en las condiciones de competitividad intra-local por mejores formas de anexión al proceso de transnacionalización de la economía y las finanzas. A la reconversión identitaria producida en torno de esta dinámica presto atención en las páginas que siguen.

2.3 Las diversidades locales: re-significación identitaria y tensiones culturales

Reconocer la existencia de una tensión y de una interacción entre los procesos de desarrollo globales, asociados con el régimen de acumulación flexible capitalista, y las formas en que estos se incorporan en el nivel local, regional o comunitario implica reconocer que resulta complicado hablar de racionalidades absolutas, universales, acabadas o estables. En todos los espacios coexisten y se superponen diferentes lógicas de acumulación, asociadas a diversos regímenes culturales y políticos, activadas por la acción de los actores locales. En otras palabras, no existirían mecánicas económicas pre-establecidas, sino que los actores sociales tienen ámbitos de movilización concretos para desarrollar diversas estrategias de poder³⁴, de identidad y de desarrollo.

En efecto, una de las principales nociones que activa la idea de identidades locales es la de “diversidad”: no existe tal cosa como un progreso uniforme y universal, por el contrario asistimos a una época de eclosión de las especificidades regionales y locales, étnicas y religiosas, asunto que pone de manifiesto la necesidad de reconocerlas y distinguir las para pensar formas de administrar tales diferencias. La idea de un modelo de desarrollo único e incontestable perdería sustento académico en la óptica de formaciones flexibles de acumulación capitalista; en diversos puntos del planeta, las sociedades rechazan desde su propia experiencia histórica la existencia de una cosmovisión única, de un proyecto “occidental” de civilización universal. Tal como menciona un estudioso del tema:

“Hemos visto que el desarrollo al mismo tiempo que realiza un modelo cultural/civilizatorio burgués, lo sabotea y lo desintegra. Al mismo tiempo que obra por y para la realización de un modelo de humanidad masculino, adulto, blanco y burgués, suscita una acción múltiple, que no solamente rechaza la dominación de este modelo, sino también el valor de este modelo. Así, fermentos juveniles, femeninos, multi-étnicos, multi- raciales,

³⁴ Al abordar este punto se introduce la figura de la constitución de los actores locales: éstos son simultáneamente “motor y expresión de las identidades locales”; no se trata de imputar toda la responsabilidad del desarrollo social, económico y político a ciertos actores, he reconocido la existencia de constricciones estructurales provenientes de la economía global, sino advertir la compleja relación entre actor y sistema, entre el nivel de la agencia individual y colectiva, y aquel de las reglas y recursos previamente elaborados. En función de esta relación con la historia presente cobra sentido hablar de singularidad, de diferencia, de identidad, poder y desarrollo locales.

actúan, pero en desorden, sin que llegue todavía a constituirse un nuevo modelo de humanidad..." (Edgar Morin, en Arocena, 1996).

Todo ello implica que la integración social basada en una concepción uniformizante está en nuestros días interpelada por la emergencia de la diferencia. Es necesario desterrar del vocabulario la asimilación entre integración y uniformidad. En cada localidad pueden existir regímenes interpretativos diversos sobre el proceso de globalización económica dominante, y en esos resquicios discursivos se forman culturas económicas y políticas novedosas, particulares y divergentes. Los valores de etnia, género, edad, clase se fusionan con sentidos específicos y hacen que las formas de producción, distribución y desarrollo vinculadas a la globalización no puedan ser etiquetadas y descritas como un conjunto homogéneo, unitario y estable de políticas, instituciones e ideas.

Sin embargo, el "retorno" a lo local, a las micro-identidades, no puede ser visto únicamente como una reacción defensiva ante el avance de fuerzas, procesos, actores y flujos globales, impersonales y de pretensión y alcance mundial; quisiera sostener la idea -esbozada por el neomarxista negro Stuart Hall- de que este proceso forma parte de y ha sido propiciado por la propia lógica social del sistema capitalista, en su fase de acumulación flexible. Se puede hablar entonces de una lógica de adecuación cultural.

En efecto, Hall -a partir de una relectura del *Capital*- sostiene que el capitalismo ha avanzado constantemente en espacios contradictorios: "*It is the contradictions which it has to overcome that produce its own forms of expansion*" (1997:29). De allí que, mientras no se levante un mapa analítico-empírico que revele la morfofología de este terreno de contradicciones, que evidencie la forma en que las particularidades (culturales, religiosas, económicas, etc.) se han involucrado en y han sido nucleadas en torno al mercado global capitalista, que visibilice la cualidad de las resistencias generadas en torno de este proceso, las formas en que han sido disueltas y en que han re-emergido en el tiempo, resulta difícil comprender la "lógica del capital" en su fase de globalización.

Hall apunta a una problematización más compleja de la relación entre capitalismo y diferencia, entre globalización económica y diversidad socio-cultural. Así, ha sido usual pensar que la lógica del capital podría gradualmente cubrir todo el espacio-mundo, que todo el globo se comprendería como una réplica de sus características, que toda particularidad sería suprimida, en cualquier lugar, en cualquier tiempo; que independientemente de las identidades de género, etnia o religión que cada uno posea, la racionalidad económica del mercado nos obligaría a presentarnos únicamente como fuerza de trabajo ("*in terms of the commodification of labor*"). Sin embargo, un relato como este resulta profundamente incompleto sino se advierte que de forma paralela a la lógica capitalista-extensiva de

mercantilizar todo -“*everything for sale*”³⁵- existe otro aspecto crítico relativo a la forma en que se ha desplegado en y a través de lo diferente, lo específico, lo diverso:

“[I]t is now a form of capital which recognizes that it can only, to use a metaphor, rule through other local capitals, rule alongside and in partnership with other economic and political elites. It does not attempt to obliterate them, it operates through them. It has to hold the whole framework of globalization and simultaneously police that system.....those forms which are different, which have their own specificity, can nevertheless be repenetrated, absorbed, reshaped, negotiated, without absolutely destroying what is specific and particular to them” (Hall, 1997:28-29. Subrayado mío).

El proceso de expansión del capitalismo, entonces, ha sido posible gracias a su capacidad de manejar y procesar diferentes regímenes laborales y productivos profundamente sexualizados y racializados en formas específicas según el contexto de su localización. El capitalismo históricamente ha conseguido desplegarse a través y por medio de una serie de marcos culturales, políticos y sociales diversos y densamente acotados. No los pulverizaría, ni buscaría su supresión en el tiempo, por el contrario, esta tesis pone en juego la idea de una suerte de reconocimiento y absorción de tales diferencias con miras a ampliar el espacio de mercantilización y acumulación capitalistas. Resulta necesario entonces problematizar la visión de una lógica de desarrollo capitalista unitaria, vertical y rectilínea que omite la sensibilidad de ésta con respecto a los escenarios y espacios que va afectando.

Algunos viejos pliegos identitarios particularistas (religiosos, étnicos, regionales) no han desaparecido del todo, lejos de ello, se encuentran en un sostenido proceso de revitalizamiento cuyas expresividades no podría entenderse si se conserva la imagen del capitalismo (global) como un ciclón modernizador omni-abarcante y totalizador³⁶. La globalización económica de fin de siglo, entonces, no se habría sucedido sin haber desarrollado un intenso aprendizaje, convivencia y negociación con la diversidad: “...it is extremely important to see this more contradictory notion, this whole line of development which is leading to different phases of global expansion, because otherwise we do not understand the

³⁵ Expresión de Robert Kuttner citada por Maurice Godelier en su trabajo sobre el don publicado en el libro “Cuerpo, parentesco y poder”, Abya Yala, Quito, 1999.

³⁶ Esta idea sugiere cierto acercamiento a la tesis huntingtoniana de que en el futuro la fuente principal de conflicto internacional girará en torno de tensiones civilizacionales, es decir, asentadas en una matriz fundamentalmente cultural y ya no, como en el curso del siglo XX, de tipo ideológico, político o económico. En efecto, con el final de la guerra fría la política internacional se habría desplazado de su fase occidental y su pieza central sería la interacción entre las civilizaciones occidentales y no occidentales, y entre las no occidentales mismas. Los fundamentalismos religiosos y los tribalismos étnicos acompañan, sustentan y dan forma a este proceso (cfr. Samuel Huntington, 1997). A pesar de su visión evolucionista y esencialista de la historia y la cultura, me interesa traer a colación la tesis de Huntington por cuanto al tiempo que enfatiza en la idea de un escenario global post-muro de Berlín altamente denso, complejo y heterogéneo, desecha cualquier posibilidad de pensar la conflictividad internacional como anclada en el seno de occidente y bajo la égida de los estados-nacionales. Nuevos actores políticos transnacionales, no necesariamente económicos, serían componentes claves en el campo de fuerzas y poderes globales.

cultural terrain :that is in front of us" (Hall, 1997:30).

Este denso terreno de la economía global y la negociación cultural evidenciaría una formación en que lo 'multi-nacional des-centrado' emerge como figura dominante del espacio global en cristalización. Puede resultar complejo entender un mapa como este pero la idea que quiero sugerir, y que empata con la noción de fragmentación, se acerca a la de una estructura económica y social descentralizada y decentrada en la cual predominan un grupo de corporaciones globales que, sin embargo, no unifican, homogenizan, occidentalizan o encapsulan y dan forma única a todo el espacio global.

Esta noción problematiza la recurrente versión de que el "retorno" a lo local, a lo micro, a lo primordial sería un proceso nuevo en que súbitamente se descubren los núcleos territoriales y culturales de ciertos fortines identitarios que permitirían a los actores locales refugiarse y protegerse de las "agresiones" del capitalismo global de fin de siglo. En otra perspectiva, lo local -categoría sintética y simbólica que condensa y expresa filiaciones étnicas, religiosas, regionales o de género- puede ser enunciado como un campo diverso de prácticas políticas, económicas y culturales que históricamente ha estado atravesado por una dinámica de negociaciones y tensiones con el capitalismo y que, gracias a ello, surge actualmente como contrapunto y espacio abierto de reelaboraciones identitarias con las consecuentes reformulaciones de los marcos institucionales dominantes o convencionales que ello implica.

De esta manera, la definición de 'lo local' debe ser desplegada como una noción relativa (respecto de un macro-nivel, nacional o global) que permite evitar una suerte de elogio autarquista a su potencial de desarrollo, la trampa del "localismo" en términos de José Arocena (1996:20), y así ubicar conceptualmente el tema en un término equilibrado.

Por esta razón, aunque resulte un lugar común en la literatura especializada en este problema, cabe insistir en la dinámica dialéctica que se establece entre lo global y lo local, en la inseparable tensión que las une y las explica, en suma, en las mutuas presiones que los moldean como espacios diversos pero reciprocamente constituyentes. No se trata de insinuar que la suma de sociedades locales den como resultado el espacio global ni, a la inversa, que lo global se expresa y toma forma indistintamente en cada unidad local, sino de advertir que cada polo de esta diada tiene su ámbito y modalidad de concreción específicos y acotados pero con múltiples interconexiones, yuxtaposiciones y segmentaciones que hacen de la organización social, económica, política y cultural del globo un campo intensamente comunicado, relacionado y sensible a los variados cambios que pueden afectarlas.

Lo anterior no es obstáculo para afirmar que uno de los polos de la diada marca la pauta de la

relación, comanda y envía las señales 'duras' que dan forma al proceso de reorganización económica, social y cultural en marcha. Se trata del espacio de los flujos globales: éste dirige el proceso y presiona sobre las instancias nacionales, regionales y locales para que re-direccionen sus pautas de desenvolvimiento. Es decir, las dinámicas de la globalización funcionan -y en el mediano y largo plazo todo parece indicar que lo seguirán haciendo- como los cimientos en torno a los que se organizan los asuntos mundiales y/o nacionales.

En otras palabras, la coexistencia de las tendencias globalizadoras y localizantes se da, y no hay buenas razones para pensar que en el futuro esto deje de ser así, dentro del contexto que las primeras van a establecer para las segundas. Los niveles y formas de coexistencia serán disímiles entre una situación y otra, dependiendo de como intersecten factores económicos globales con variables étnicas, regionales o políticas que activen y densifiquen los espacios locales, todo ello hace prever escenarios profundamente desiguales, diversos, fragmentados. Las nociones de "fragmegración desigual" (Rosenau, 1995) o "globalización contradictoria" (Hall, 1997) darían cuenta de este intrincado paisaje global.

Precisamente, el antropólogo Ulf Hannerz se refiere a este proceso de globalización como uno en que se han incrementado las interconexiones entre lo global, lo regional y lo local; interacciones, sin embargo, con disímiles niveles de afectación en cada uno de los espacios y actores que las activan. De allí que, plantea, la globalización puede avanzar y retroceder, es fragmentaria y profundamente desigual³⁷, se presenta de muchas formas; "a mundos diferentes, globalizaciones diferentes" (1996:35).

Los flujos globales, entonces, dan forma y moldean el espacio de constitución de lo local, 'presionan' hacia abajo creando nuevas demandas y nuevas posibilidades de regeneración de identidades locales, de ahí que, por ejemplo, el repunte de los nacionalismos y regionalismos -en Escocia, Quebec, Cataluña, el País Vasco, entre otros- no deberían verse como casos y procesos aislados, sino como una respuesta a los mismos procesos estructurales (cfr. Giddens, 1999:44). Lo mismo cabe decir con respecto a las formulaciones institucionales -autonomía, descentralización, federalización, estados-regionales- o políticas -separatismos y movimientos secesionistas- que se desprenden de estas reivindicaciones. Las filiaciones identitarias, trayectorias de identificación o mecanismos de producción de lealtades locales (muchas veces exacerbadas y resueltas por una vía violenta y excluyente) no se desintegran, por el contrario, aparecen como marca distintiva del

³⁷ Resulta necesario enfatizar en la idea de las diferentes formas de afectación del proceso globalizador: la idea de espacios, lugares y culturas que, a esta altura de la historia, pueden estar atravesados por fenómenos de desglobalización es elocuente para situar la complejidad del problema: "El proceso no es irreversible. Algunos países -Myannar, la Albania de Hoxha- puede que sigan políticas de aislamiento, de cierre al exterior, una especie de anti-globalización activa...o bien puede que estos países, o una parte de ellos, se desglobalicen porque no pueden permitirse mantener la interconexión y porque el mundo ya no los necesita" (Hannerz, 1997:34).

nuevo mapa global.

Quisiera aclarar, sin embargo, que la idea de lo "local" o de una sociedad local, en un nivel conceptual, no debe ser asociado con cualquier subdivisión de un territorio nacional o regional. Pueden existir particiones físicas, políticas, culturales o administrativas de una nación o de una ciudad que no pueden ser denominadas sociedades locales. Para que la idea de lo "local" pueda ser aplicada en un contexto social dado, deben confluír algunos elementos, socioeconómicos, políticos y culturales.

En el nivel socio-económico, J. Arocena plantea que para que exista sociedad local "debe haber riqueza generada localmente, sobre la cual los actores ejerzan un control decisivo", tanto en los aspectos técnico-productivos como en los referidos a la comercialización, lo cual -continúa- define las diferentes posiciones de grupos locales interdependientes en función de su influencia sobre la distribución del excedente. Las jerarquías sociales y políticas que se desprenden de la toma de decisiones sobre tal distribución marcarán, en gran parte, el sistema local de relaciones de poder (cfr. 1995: 20-21).

La dimensión cultural de esta definición hace alusión al sentido de pertenencia a una comunidad determinada, que por menor no es menos imaginada que la nación. Se trata de la generación de una identidad colectiva local sobre la base de la construcción de relatos y símbolos históricos, geográficos, valóricos que componen a sus habitantes como parte de un núcleo identitario acotado y distinguible de otros. La producción de identidades locales tiene que ver con formas de legitimación de las estructuras de poder y los actores políticos dominantes en esa unidad.

En un sentido más político, los contenidos de lo local pasan por la emergencia de espacios discursivos de enunciación en los cuales se forman y se re-crean los sujetos sociales portadores de determinado proyecto local y se interpelan a unidades políticas mayores (la nación, otras regiones, lo global). La formación de discursos de poder, de auto-representación (potencialmente opuestos a identificaciones homogeneizantes) emergen de sitios de difuminación específicos. "*Discourse is always placed*" plantea Hall (1997:36). La construcción y densificación de lo local pasa, entonces, por la institución de posiciones de poder, de lugares de enunciación, profundamente atravesados por coordenadas históricas y relaciones de poder:

"the emergence of new subjects, new genders, new ethnicities, new regions, new communities, hitherto excluded from the major forms of cultural representation, unable to locate themselves except as de-centered and subaltern, have acquired through struggle, sometimes in very marginalized ways, the means to speak for themselves for the first time" (Hall, 1997:34).

Los regímenes discursivos dominantes en nuestras sociedades -desde los relatos nacionales homogeneizantes hasta las nuevas narrativas que ven a la globalización como un telos ineludible- pueden ser intensamente amenazados por este fortalecimiento cultural descentrado proveniente de lo local.

En suma, la construcción de un espacio discursivo, social y territorializado, en que actores determinados se identifican entre sí en función de relatos de pertenencia y lealtad, y la formación de un sistema de relaciones de poder sobre la base de disputas en torno a la producción y distribución de la riqueza, configuran los límites y los contenidos de lo local y de las sociedades locales.

2.4 Descompresiones de lo estatal-nacional

Hasta esta altura del relato he presentado la imagen de una homogeneizante y absorbente lógica de acumulación capitalista global y, al mismo tiempo, una recurrente presencia de formaciones culturales y políticas diversas, disímiles, particulares expresadas en torno de específicos espacios locales. De esta forma, queda cancelada la figura de la globalización como un proceso exento de contradicciones y confrontaciones en el cual las instituciones centrales de la economía y las finanzas a nivel mundial regularían unidireccionalmente los sentidos del proceso.

¿Qué sucede, sin embargo, con el estado y la nación (el estado-nación) en el curso de este proceso que coloca al binomio global-local como eje explicativo de las dinámicas económicas, políticas y culturales dominantes del nuevo siglo? Las líneas que siguen estarán destinadas a dar cuenta de esta interrogante.

Es una idea bastante generalizada, en la literatura revisada, plantear la tesis de la radical transformación y erosión del Estado-nación y de las identidades nacionales a él asociadas como efecto acumulado del proceso de globalización financiera y comunicativa, de flexibilización productiva-laboral y de revitalizamiento de las micro-identidades.

El aparato estatal logró edificar, conforme a su progresiva gubernamentalización³⁸, tanto un espacio económico nacional, el mercado interno, como un campo de filiación identitaria, la cultura nacional; estas tres instituciones, estado-mercado-y-cultura nacionales atraviesan un drástico proceso de desdibujamiento y de pérdida de la centralidad que ostentaran de forma continua durante el régimen de acumulación fordista.

³⁸ Michel Foucault se refiere a este proceso como la paulatina instauración de dispositivos de gobierno dentro del Estado moderno. Se trata de la construcción de aparatos, técnicas, mecanismos, discursos, instrumentos para la administración, control y disciplinamiento de la población, en una perspectiva que ligue su sostenimiento en el tiempo con la posibilidad de asegurar las condiciones de vida de cada individuo. El Estado moderno logra fundir así acciones dirigidas hacia un conglomerado con aquellas prácticas individualizantes de poder -la bio política; encierra así una técnica individualizante a la par que global (cfr. 1982).

En este sentido parece cobrar pertinencia la idea de Alan Touraine cuando afirma que el problema del Estado y de la democracia actuales radica en la separación de un mercado mundial globalizado y comunidades locales encerradas sobre sí mismas (1995:105). El estado-nacional democrático se debilita y pierde sus capacidades de mediar simultáneamente con los intereses económicos globales y las demandas autonómicas de los proyectos identitarios locales-regionales. Cabe desagregar esta idea en dos partes.

a) En torno al primer aspecto, la 'encrucijada económica', cabe plantear la tesis de que actualmente se asiste a una fuerte disyuntiva entre la autoridad formal del Estado y el alcance espacial de los sistemas contemporáneos de producción, distribución e intercambio, cuyas operaciones por lo general limitan la competencia y la efectividad de las autoridades políticas nacionales. La internacionalización de la producción y aquella de las transacciones financieras -en las cuales las compañías multinacionales han jugado un rol preponderante³⁹- han compuesto escenarios de regionalización y/o globalización al margen de los límites de las fronteras nacionales.

La emergencia de un mercado financiero global diluye la rigurosidad de las fronteras convencionales y mengua el rol del Estado en el control de las principales variables económicas de un país. De esta forma las políticas nacionales destinadas al control y regulación del mercado han perdido su significación tradicional⁴⁰ y son desbordadas por los movimientos productivos regionales y globales.

Algunos comentaristas plantean incluso que las fronteras cambiantes en el campo económico terminarán por establecer las condiciones para la emergencia de 'Estados-región' puesto que las unidades estatales tradicionales no "representan ninguna comunidad genuina y compartida de intereses económicos; no definen flujos significativos de actividad económica" (Kenichi Ohmae⁴¹, en Rosenau, 1995:27) mientras que las fronteras del Estado-región se corresponden con zonas económicas "naturales" y no están impuestas por el orden político. Este argumento -que omite que todo orden económico tiene un anclaje de conducción política desde el Estado, como postuló Polanyi- da cuenta del conflicto existente entre los incentivos y espacios inducidos por los mercados y el alcance de la autoridad de los estados y los gobiernos nacionales, tensión que estaría

³⁹ David Held, advirtiendo sobre la dificultad para obtener información confiable al respecto, menciona algunos datos para ilustrar la relevancia de las multinacionales en los procesos económicos globales. Así, éstas serían "responsables de un impresionante 30 por ciento del producto bruto global, un 70 por ciento del comercio mundial y un 80 por ciento de las inversiones internacionales" (Held, 1997: 160).

⁴⁰ El ejemplo de las regulaciones anti-monopolios, congruentes en el contexto de mercados nacionales pero ineficaces en el sentido de la competencia internacional (un monopolio nacional puede ser insignificante en términos económicos en la economía global), es ilustrativa al respecto (cfr. Held, 1997: 163-164).

⁴¹ Cabe anotar que Ohmae es un consultor de empresas transnacionales que estudia el funcionamiento de éstas en el orden global. (cfr. Ulf Hannerz, 1996:141).

resolviéndose en detrimento de las regulaciones público-estatales.

En efecto, en términos analíticos no se trata de afirmar la obsolescencia o innecesidad de las políticas nacionales sino reconocer que su espacio de operación y su

de Held (1997:170)- o de declive de sus posibilidades de autodeterminación.

El planteamiento de autores como Giddens (1999) y sobre todo Held (1997) en cuanto a la necesidad de una “teoría de la situación del Estado y la democracia en el orden internacional” apuntan a entender -y dismantelar- la extrema precariedad de los ciudadanos y de los estados-nacionales débiles a la hora de negociar y controlar las agencias y políticas de carácter global. La idea de Held acerca de un nuevo *modelo de democracia cosmopolita* podría interpretarse, precisamente, como la necesidad de re-equilibrar los pesos políticos de las fuerzas dominantes en el sistema internacional en torno de la constitución de una suerte de ‘esfera pública global’ con un anclaje institucional que permita que los múltiples actores transnacionales y locales -y no sólo los Estados- sean reconocidos, representados, y puedan negociar en términos menos desiguales.

En suma, las capacidades de los Estados individuales para controlar sus políticas económicas es limitada: no resulta apresurado entonces hablar de una disminución de su autonomía -definida como “el poder real con que cuenta un Estado-nación para articular y llevar a cabo sus metas políticas de forma independiente” (ibid., 1997:130)- en la esfera de la economía política global. Las implicaciones que ello tiene para la legitimidad del sistema político democrático en el nivel nacional aparecen, por decir lo menos, como problemáticas. Peor aún si se piensa que, en esas condiciones de debilidad, los estados y sus gobiernos nacionales difícilmente podrán retener la lealtad incondicional de sus ciudadanos. La figura de la ciudadanía nacional quedaría abiertamente en entredicho.

El argumento, esbozado hasta este punto, acerca de la pérdida de centralidad del sistema estatal como ente regulador del ordenamiento social-nacional, y el simultáneo fortalecimiento del sistema económico-financiero como matriz de regulación del mismo orden, procesos ligados al predominio de la lógica postfordista de acumulación y a las políticas neo-liberales⁴² aplicadas extensivamente a nivel global desde los ochentas, no implican necesariamente que las intervenciones estatales pierden total relevancia y son inútiles como parte de la economía política de la globalización. Por el contrario, quisiera sostener -en la línea argumentativa de autores como David Harvey (1990) o Norbert Lechner (1998)- que la primacía de la racionalidad de mercado sólo ha sido posible sobre la base de intervenciones cada vez más estratégicas del estado:

“Laying aside the degree to which the evident insecurities of flexible accumulation create a climate conducive to authoritarianism of the Thatcher-Reagan type, financial instability and the massive problems of internal and external indebtedness have forced periodic interventions in unstable financial markets... The role of the state as a

⁴² Existe un uso abusivo de este término; todas las políticas de modernización estructural de los estados y las economías nacionales suelen etiquetarse bajo esta denominación. En este contexto uso el término ‘neoliberalismo’ como la búsqueda de la afirmación del mercado como el principio básico y exclusivo de organización social. Se trata de la producción de un orden social. (cfr. Lechner, 1998).

lender or operator of last resort has, evidently, become more rather than less crucial' (Harvey, 1990:168-169. Subrayado mio).

Se evidencia que una estrategia destinada explícitamente a imponer una economía capitalista de mercado, mientras desmantela al Estado, sólo tiene éxito y es sostenible en el tiempo en cuanto se apoya sobre una fuerte y bien calculada dosis de intervenciones estatales. Tal es, según Lechner, la paradoja central de la práctica neoliberal (1998:94).

La asociación entre hiper-presidencialismo -reconcentración de la autoridad en el poder ejecutivo (Cavarozzi, 1998:117)- y reforma neoliberal de las sociedades, sobre todo en América Latina: Perú, Argentina, Brasil, México, dan fe de la insuficiencia de un Estado regulador para el implemento del cambio socio-económico imaginado y de la necesidad de una intervención fuerte y activa del Estado (cfr. Lechner, 1998). El papel del Estado entonces es cuantitativamente menos denso pero cualitativamente más influyente y decisivo en la construcción de todo el nuevo orden social⁴³.

b) En cuanto al segundo punto, la 'encrucijada de la identidad nacional' en la globalización de la cultura, quisiera sostener que en el mismo proceso de flexibilización y apertura económica de cada país -y dentro de él cada región- a los mercados globales y a movimientos de integración regional se ha ido disolviendo y resignificando las nociones de identidad y cultura nacionales. La transnacionalización de las tecnologías y, en general, de los medios masivos de comunicación, así como el intenso aceleramiento en la circulación e intercambio global de bienes, información y personas habrían disminuido la importancia de los referentes tradicionales de la identidad.

Las nuevas tecnologías comunicativas fabrican un mundo en el cual las particularidades de lugar y la misma individualidad están constantemente mediadas por redes de comunicación regionales y globales. Estos sistemas transforman las relaciones entre los ámbitos físicos y las circunstancias sociales, y alteran la 'geografía situacional' de la vida política y social. En tales circunstancias, el vínculo tradicional entre el 'ambiente físico' y la 'situación social' está fracturado; "los nuevos sistemas de comunicación crean nuevas experiencias, nuevas coincidencias y nuevos marcos de significación independientemente del contacto directo entre las personas" (cfr. Held, 1997:156).

Todo esto pone en juego la idea del desligamiento y desmonte de las identidades con respecto a los momentos, lugares y tradiciones particulares, con un potencial efecto de "pluralización en la formación de identidades" (Hall, 1997) generando una variedad de opciones menos rígidas, homogéneas o unificadas de filiación y pertenencia.

⁴³ El caso del rol del Estado en los Nuevos Países Industriales del Asia es un ejemplo revelador sobre su estratégica participación en la generación del modelo de desarrollo imperante.

Los estados-nacionales no tienen los recursos suficientes para controlar a tales sistemas y movimientos comunicativos, estos operan por fuera de cualquier regulación política directa y ello acentúa las imágenes respecto a la fragilidad de los aparatos estatales centrales, sobre todo si se piensa en que, simultáneamente, se han recompuesto las identidades regionales, étnicas o locales.

Plantear este trastocamiento en términos de déficits de "seguridad ciudadana" ayuda a comprender la tendencia localista de los últimos años. Según Rosenau, a medida que las personas y organizaciones experimentan la pérdida de autonomía y certeza que acompaña a la globalización buscan proteger sus intereses y alcanzar cierta tranquilidad anímica, volviéndose hacia los grupos más inmediatos en los que están concernidos: los vínculos cada vez más fuertes hacia fundamentalismos étnicos y religiosos serían ejemplos claros de la dinámica localizante generada por la globalización (1995:31).

En esta medida, las naciones estarían atravesadas por diversos, y a menudo antagónicos, sistemas culturales, segmentados y yuxtapuestos, que las transforman en escenarios multideterminados en los cuales, las identidades sociales se tejen en torno de elementos cruzados de varios sistemas culturales: no resulta apresurado hablar de un tipo de identidad múltiple, a saber, multiétnica, políglota, diaspórica (cfr. García-Canclini, 1995:109).

Ya no es posible considerar a los miembros de una sociedad como pertenecientes a una sola cultura homogénea y plana, y por tanto como poseedores de identidades fijas, coherentes. Las filiaciones nacionales apenas explican uno de los componentes de las lealtades identitarias en tiempos globales. Arjun Appadurai plantea la existencia de cinco procesos como parte de la disolución de las identidades aisladas o auto-referidas de expresión nacional: a) los movimientos poblacionales de migrantes, turistas, refugiados, exilados, trabajadores: *ethnoscapes*, b) los movimientos emanados desde las tecnologías y corporaciones multinacionales: *technoscapes*, c) los flujos de moneda en los mercados transnacionales: *finanscapes*, d) los repertorios de imágenes e información creados por las industrias culturales para su difusión global: *mediascapes* y e) los modelos ideológicos representativos de la modernidad occidental -democracia, derechos humanos, libertad, etc.- que se han esparcido en todo el globo: *ideoscapes*. (1996:27-47).

Matrices económicas, tecnológicas, ideológicas, migratorias e informacionales se funden y emergen como filtros productores de narrativas y prácticas en que se constituyen puntos articuladores de la identidad y la diferencia con la cualidad de estar escasamente acotados por segmentaciones territoriales fijas. Las identidades se producirían como series o como trayectorias policéntricas en permanente movimiento.

Sin embargo, no se puede leer este reflujo identitario como la definitiva disolución de los sistemas

culturales nacionales. La densificación de las interconexiones globales complejiza el mapa de trayectorias de identidad, pone en juego la noción de lealtades identitarias múltiples y flexibles pero no permite fijar claramente los futuros contornos de la encrucijada de lo nacional. "Es tan improbable que emerja una cultura global como que las identidades nacionales se mantengan inalteradas a pesar de su inmersión en estructuras de comunicación abarcales" (Held, 1997:159). Una cosa sí queda clara: la actuación de los estados-nacionales individuales en el (re)modelamiento político-cultural del mapa global, cualquiera que sea su configuración, será bastante limitada.

La opacidad del campo identitario en las relaciones global-nacional-local se hace manifiesta si se piensa en que los propios actores transnacionales, tanto en las esferas financieras-productivas como en aquellas relativas a lo informacional-comunicativo deben adecuar sus estrategias y políticas de ampliación de mercados a las realidades nacionales, regionales o locales según sea el caso.

"Quienes estudian la ideología de los administradores globales concluyen que la globalización empresarial, junto con sus necesidades homogeneizadoras para maximizar las ganancias, debe reconocer diferencias locales y regionales", (García Canclini 1995:112). Esta idea pone en juego la actualidad de las historias y las identidades locales y nacionales: la consolidación de los flujos globales solo puede ocurrir si en ellos están reconocidos y absorbidos los puntos de diversidad y particularidad locales. El ejemplo de como el cine global de Hollywood deja cierto lugar a películas latinoamericanas, europeas y asiáticas que, por su manera de presentar problemáticas locales, captan el interés de múltiples públicos refleja la persistencia y actualidad de las culturas 'sub-globales' - nacionales, regionales, locales (ibid.).

Simultáneamente ocurren intensos movimientos de re-territorialización de ciertos mercados productivos y massmediáticos así como de grupos y movimientos sociales que afirman lo local: radios locales en lenguas sub-nacionales, programas de televisión con difusión regional -la diferencia entre el "MTV Brasil" y el "MTV Latino"-, creación de micromercados musicales, recuperación de dialectos locales en extinción (Francia), etc.

Estos procesos dan cuenta de un movimiento en que lo híbrido, lo multicultural, 'el bricolage' cultural, no desaparece ni si quiera en las pragmáticas estrategias empresariales. Lo específico no se difumina en lo global, aparece una vez como su contra-peso en otras como un punto adicional para su despliegue y consolidación.

La figura analítica desplegada en este capítulo apunta hacia el cuestionamiento de relatos unidimensionales para entender las relaciones entre lo local, lo nacional y lo global. Las miradas que

oponen homogeneización versus particularismos parecen olvidarse que la pregunta pertinente apunta hacia comprender como se articulan y complementan los segmentos locales y transnacionales de la cultura global. En efecto, lo nacional, lo étnico, lo local -como se ha visto- siguen existiendo. En muchos casos han dejado de ser el primer vehículo de identificación y cohesión social pero su primacía es notoria en otros aspectos de la vida social. Ulf Hannerz plantea incluso que en la cotidianidad difícilmente podrán los seres humanos desprenderse de sus iconos, escenarios y sistemas de representación locales, producidos en la intersubjetividad de la convivencia, las relaciones locales cara-a-cara no podrían -según esta tesis- ser disueltas por los movimientos globales (cfr. 1996: 140-144).

En términos analíticos la pregunta que debe ser resuelta es, entonces, cómo se expresan y reconstruyen las identidades nacionales, regionales o étnicas en procesos globalizados de fragmentación e hibridación multicultural e integración económica transterritorial. Cómo narrar la diversidad y el universalismo presentes en unidades sociales con contornos culturales, económicos, espaciales, inejecutables (cfr. García Canclini, 1995: 167-168); cómo incorporar una lectura multidimensional, que articule economía-espacio-política-cultura, para la comprensión de los vigentes procesos de reacomodo y conflicto identitarios.

CAPITULO TRES

Nación y política: preámbulo teórico

Si bien, como advierte Benedict Anderson, dentro de las ciencias sociales ha existido gran dificultad para definir lo nacional -“en contraste con la influencia inmensa que el nacionalismo ha ejercido en el mundo moderno, una teoría verosímil acerca del nacionalismo es claramente escasa” (cfr. 1993: 19)- la polémica conceptual sobre este tópico sitúa a diferentes autores y escuelas en torno de marcos interpretativos divergentes, a los que conviene pasar revista a fin de reducir la “volatilidad” del término. Precisamente, esta parte del argumento tiene por objeto presentar la aproximación teórica con que sustentaré, en el capítulo siguiente, un acercamiento a la ‘cuestión nacional’ en el Ecuador de fin de siglo.

El instrumental teórico activado se enmarca dentro de la perspectiva constructivista de la teoría social contemporánea; bajo esta etiqueta se pueden agrupar -esquemáticamente y de forma acotada al objeto específico de este estudio- a aquellos autores que consideran que las identidades sociales constituyen elaboraciones políticas, culturales y sociales situadas históricamente dentro de un proceso continuo y conflictivo de confrontación y autodeterminación que abarcan tanto los niveles colectivos como los de la subjetividad.

En esta perspectiva, la nación es vista como el resultado relativamente reciente de sucesos históricos específicos y de la confrontación y articulación de diversos intereses políticos y sociales. Mucho ha incidido en este enfoque teórico en los estudios sobre identidades nacionales -que enfatiza en el carácter conflictivo y político de la producción de lo nacional- el surgimiento de movimientos separatistas de corte étnico, regional o religioso en zonas donde había una aparente estabilidad y centralización político-cultural en torno de una estructura estatal-nacional determinada.

En este sentido, mi aproximación teórica al problema se sitúa en torno de dos ejes: 1) los marcos de estudio de lo nacional; y 2) la dimensión política de la identidad nacional.

3.1. La construcción de lo nacional

El concepto de nación ha producido un intenso debate, de carácter ampliamente interdisciplinario, dentro de las ciencias sociales contemporáneas; sin embargo, no se puede hablar de una estabilización teórica o de un fuerte sentido de consenso entre los diferentes investigadores del tema respecto de, por ejemplo, los factores “objetivos” (lengua, territorio, etc.) o “subjetivos” (la memoria, la voluntad) sobre los que se afirma la existencia de una nación, o acerca de la relación

entre naciones (y nacionalismo) y el problema de la etnicidad, por un lado, y de la importancia estratégica del Estado, por otro.

En efecto, mientras que está ampliamente reconocido entre los estudiosos del tema que el concepto de nación debe ser distinguido de otros referentes de identidad colectiva, como la religión, la clase social, la etnia, el género, la región, existe un escaso acuerdo sobre el rol de lo étnico, en tanto opuesto a lo político, dentro de la composición y emergencia de la nación (cfr. Hutchinson y D. Smith, 1994, "Introduction").

Precisamente, en torno de la diada etnia-política, puede ser presentado el principal enclave divisorio entre los teóricos de la nación: se trata de la confrontación entre posturas esencialistas y enfoques constructivistas. La polémica consiste en determinar si el grupo étnico, comunidad lingüística, o sincronía territorial son "datos" -postura esencialista- o si pueden ser vistos por el contrario como construcciones sociales y políticas -enfoque constructivista (cfr. Jaffrelot, 1993:226).

En lo que sigue efectúo un recorrido por los planteamientos de estos dos accesos analíticos prestando particular atención a la perspectiva constructivista, base teórica de este texto.

3.1.1 Naciones dadas

Los esencialistas, también etiquetados como "primordialistas", manejan la idea de las naciones como objetivaciones en las que determinado grupo étnico representa una realidad primaria, esencial o inmanente⁴⁴. Se trata de una postura de larga trayectoria -cuyos orígenes pueden ser localizados en las tesis planteadas por culturalistas norteamericanos desde el primer tercio del siglo XX (cfr. Almeida, 1996:7)- que plantea que todo grupo humano se encuentra predeterminado por un repertorio cultural "natural" que además de delimitarlo empíricamente, conforma y moldea a cada uno de sus miembros a través de la socialización de las características psicológicas y comportamentales adecuadas.

Así, siguiendo el registro discursivo de este enfoque, cada nación tendría su propio perfil, personalidad e idiosincracia, claramente distinguible de otra, con la particularidad de que tales elementos pasan a estar internalizados por todos los individuos que la conforman. La definición y sentido de pertenencia de los sujetos sociales a "su" nación vendría dada por la asimilación y ajuste, del grupo humano en cuestión, a una serie de elementos diacríticos primarios. Debido a este énfasis analítico, las posturas primordialistas han emparejado drásticamente los términos de nacionalismo y

⁴⁴ Schleiermacher, por ejemplo, habla de la nación como "una división natural de la raza humana, que Dios ha dotado de un carácter propio" (citado en Guibernau, 1996; 60).

etnicidad⁴⁵.

Christophe Jaffrelot plantea que los autores adeptos a este enfoque observan una tensión inmanente entre la aspiración a las ventajas de una sociedad moderna (progreso material, reformas sociales, ciudadanía, etc.) y la presión de los “vínculos primordiales”, lazos de sangre, raza, cosumbres, religión, región. En este sentido, los ‘datos’ culturales y físicos que confieren los rasgos claves a una comunidad o una nación tienen un carácter irreductible, situación que estancaría o dificultaría en extremo la posibilidad de que las “naciones jóvenes” puedan estabilizar la construcción de naciones modernas (1993: 227).

Un trabajo temprano de Clifford Geertz enuncia de forma simultánea como se activan los postulados esencialistas para la comprensión de lo nacional y la tensión que emerge -sobre todo en las sociedades de reciente des-colonización- por la irrupción del Estado nacional moderno: *“this tension takes a peculiarly severe and chronic form in the new states, both because of the great extent to which their peoples’ sense of self remains bound up in the gross actualities of blood, race, language, locality, religion or tradition, and because of the steadily accelerating importance in this century of the sovereign state as a positive instrument for the realization of collective aims”* (1994⁴⁶: 30).

La idea de símbolos movilizados de la identidad nacional bajo los términos de un conjunto de factores étnicos o geográficos indelebles, fijos, y genuinos, en tanto “marcas” naturales de origen, aparece en este relato como matriz explicativa de los múltiples conflictos sociales y políticos que perturbarían la plena realización del estado-nacional moderno. Este no podría desplegarse de forma acabada y continua debido a la confrontación sistemática con formaciones comunitarias/tribales con densas cristalizaciones identitarias ancladas en rasgos positivos inmanentes o pre-existentes.

En suma, se trata de una postura que asume la plena articulación entre identidades étnicas e identidades nacionales, las dos son entendidas en un sentido fijista y a-histórico como la conjunción de un conjunto de ‘datos’ geográficos, culturales, lingüísticos, etc., que permiten a los individuos reconocerse empíricamente entre sí y tener de tal forma un sentido compartido de comunidad nacional. Los elementos que caracterizan una determinada nación serían esenciales, propios, inmanentes o impercederamente adscritos al pueblo que la compone. De allí que, a menudo, se denomine ‘perennialista’ a esta forma de análisis.

⁴⁵ Existen versiones de corte sociobiológico dentro de este enfoque, en ellas se afirma que la etnicidad es una extensión del parentesco y que el parentesco es el mecanismo habitual o natural para la persecución de fines colectivos en la lucha por la supervivencia (cfr. Guibernau, 1996; Jaffrelot, 1994).

⁴⁶ Aunque el texto original de Geertz, “The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States”, fue publicado en 1963, uso en la referencia bibliográfica el año de 1994 en que se editó el libro *Nationalism* a través de cuya selección he conocido y extraído el mencionado trabajo.

Como derivación o como parte del campo comprensivo que abre este paradigma surgieron -en términos de Guibernau- los “nacionalismos románticos”, a saber, la convicción de que la nación forma, condiciona y reproduce la cultura, un modo de vida particular y las instituciones sociales más importantes: “todo ello son expresiones de una fuerza unitaria que normalmente se define como el *alma, la mente o el espíritu* de un pueblo; en el lenguaje de Hegel, el *Volkgeist* o el carácter de una nación” (1996:67. Subrayado mio). Los términos resaltados ponen por delante la idea de como lo cultural, entendido como un paquete de atributos físicos inmutables -lengua común, sangre, tierras-, constituye el punto de partida para la institución de un sentido homogenizador y totalizante de lo nacional⁴⁷.

Un elemento adicional con el que se ha tratado de caracterizar esta postura conceptual, debido a la visión fatalista y poco adpta a la comprensión de los cambios en los órdenes culturales, alude a la idea de una suerte de “perennialismo” al historizar el ciclo evolutivo de las naciones (cfr. Jaffrelot, 1994). Así, contrariamente a las posturas constructivistas -como se estudiará más adelante- los enfoques primordialistas consideran que los orígenes de las naciones se sitúan en tiempos remotos, en épocas difícilmente identificables anteriores a la Época Moderna. La idea de un intenso sentido de continuidad entre las comunidades étnicas originarias y las nuevas cristalizaciones de estas culturas en la institución de la nación, aparece como un argumento central y recurrente en tales interpretaciones⁴⁸.

Para concluir este acápite quisiera agregar a las críticas hacia las posturas primordialistas, en tanto forjadores de una visión fijista de la cultura y la historia de las naciones, otras dos peligrosas implicaciones analíticas:

a) La supresión de toda comprensión de la agencia humana. En efecto, al colocar el acento interpretativo sobre el origen y la evolución de las naciones en la configuración espacial, geográfica y en la fatalidad lingüística y racial (o incluso divina), los postulados esencialistas niegan a los sujetos sociales toda capacidad de movilización, desenvolvimiento y transformación de las bases estructurales en que asientan su mundo de vida. El sobredimensionamiento del papel de la cultura -comprendida como un conjunto de factores diacríticos fácilmente observables- haría que los comportamientos individuales y colectivos aparezcan como enteramente pre-definidos. La acción humana queda desterrada como elemento catalizador de la formación de las naciones.

⁴⁷ Los usos instrumentales del nacionalismo, efectuados por Estados fascistas y nazistas, que derivaron en políticas públicas excluyentes, xenófobas, violentas y opresivas se asentaron en visiones esencialistas de lo étnico y de lo nacional (sobre todo por la visibilización de la raza como elemento de diferenciación jerárquica entre naciones).

⁴⁸ Herder argumenta que cada nacionalidad es una manifestación de lo divino y por tanto que no puede ser destruida, “la nación es tan natural como una planta, una familia, sólo que tiene más ramas” (en Guibernau, 1996). Se observa el estatuto inamovible e impercedero que cobra lo nacional en este relato.

b) Un efecto inmediato de estas lecturas fue la reificación de las naciones y los grupos humanos por medio de la cultura. Los ciudadanos de una determinada nación, en este sentido, no tendrían otro rol que el de cristalizar, activar, reproducir el perfil cultural (étnico) de su grupo. Se trata de una cosificación de los conceptos de grupo étnico o etnicidad como componentes de una secuencia no reconocible de semejanzas, donde se fundían en un solo plano a la sociedad, la identidad, la cultura, la naturaleza y la propia etnicidad (cfr. Brass, 1994; Almeida, 1996).

3.1.2 Naciones fabricadas

Las posturas constructivistas emergen, en gran parte, como reacción ante el paradigma primordialista de comprensión de los sentidos de lo nacional. Uno de los principales puntos de polémica entre ambos enfoques tiene que ver con la idea de la producción de identidades sociales. Así, mientras la visión esencialista prefigura una comprensión de las culturas como unidades auto-referidas, que estarían recreando sus hábitos, estilos y costumbres encerradas sobre sí mismas, los autores constructivistas postulan la idea de que los grupos sociales tienden a definirse a sí mismos por comparación o por exclusión, a saber, por oposición con "otros" -la figura del extranjero es en extremo relevante en esta lectura de la formación de las identidades sociales- y nunca por una referencia circular a sus propios atributos.

Fredrick Barth en el trabajo "Los grupos étnicos y sus fronteras" (1973) presentó un poderoso argumento en contra de los postulados primordialistas: la etnicidad, y por tanto otras expresiones identitarias, se construirían constantemente en función de los procesos interactivos que cada grupo social debe enfrentar. La cultura es tomada no como una pauta preestablecida sino como un aspecto instrumental que interviene en función de estrategias de adaptación y confrontación, por ejemplo, como resultado de un cálculo articulado desde imperativos internos y señales externas de presión (cfr. Guibernau, 1996; Almeida, 1996).

Se pone por delante la idea de una constitución plástica y moldeable de los procesos de formación de comunidades o grupos étnicos y/o nacionales. Estos no son vistos, más, como entidades cuasi-naturales producidas por la fatalidad de la geografía y la historia, sino como elaboraciones políticas y culturales en los que, de forma intencionada y voluntaria, determinados actores sociales componen, articulan, y seleccionan determinados elementos (culturales, espaciales, geográficos, históricos) en vías a imaginar y moldear específicos sentidos de pertenencia e identidad.

En efecto, puede resultar paradójico -tal y como escribe Eric J. Hobsbawm- que las identidades étnicas o nacionales que son nombradas en términos de adquisiciones naturales o primordiales, "solamente puedan definirse mediante una decisión consciente sobre qué es lo que hace a los miembros del grupo distintos de los que no son miembros" (1994: 10). Esta aserción es útil para colocar en el debate la idea de que todo movimiento nacional (étnico) se enfrenta al problema,

instrumental y estratégico, de cómo separar su circunscripción de la de otros grupos y, más aún, cómo dotar a los miembros que caen dentro de su definición fuertes motivos para sentirse identificados con su proyecto identitario. Cualquier visión esencialista del proceso de unificación nacional queda desterrada por cuanto se asume, drásticamente, la idea de que las naciones emergen de un ejercicio calculado y volutivo de composición de relatos, discursos, prácticas y artefactos que permitan constituir la idea de una comunidad colectiva de pertenencia y adscripción.

Uno de los principales autores que ha trabajado el problema de la nación desde esta perspectiva es Benedict Anderson que en su obra "Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo" (1983), señala que la nacionalidad, la "nacion-idad" (nation-ness) y el nacionalismo son artefactos culturales creados hacia finales del siglo XVIII. Antes de desagregar con mayor detenimiento sus postulados -insistiendo en la dimensión inventiva y ficción de las identidades nacionales- conviene resaltar las precisiones históricas de otros autores, cercanos también a los postulados constructivistas, en lo que hace referencia a los procesos de conformación de las naciones.

En efecto, al igual que Anderson, autores como Anthony Giddens, Ernest Gellner, Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar sostienen que las naciones y los movimientos nacionalistas son fundamentalmente productos de la era moderna. Sus argumentos -con algunas tensiones entre sí- son concurrentes a la hora de enfatizar que las naciones han emergido dentro de un campo social establecido en torno de los Estados (Giddens, 1994), del sistema-mundo como expresión de la economía capitalista (Wallerstein-Balibar, 1986), o de la industrialización (Gellner, 1988), todos entendidos como fenómenos y expresiones eminentemente modernos. Al desdoblar estas ideas se puede apreciar con mayor rigor la comunión de planteamientos respecto del binomio nación-modernidad.

Así, Giddens escribe "*a nation-state is, therefore, a bordered power-container as I shall argue, the pre-eminent power container of the modern era... Among other things it involves processes of urban transformation and the internal pacification of the states*" (1994, 34-35)⁴⁹. Claramente el sociólogo inglés entiende que tanto la nación como el nacionalismo son propiedades distintivas de los estados modernos y de los procesos de desarrollo a los que dieron lugar, de ahí su insistencia en destacar la idea de la urbanización; al igual que Anderson sitúa los orígenes del nacionalismo a finales del siglo XVIII.

Por su parte, en un esquema más complejo, Ernest Gellner plantea que el origen de las naciones y del nacionalismo está estrechamente vinculado a determinadas características de la modernidad y de

⁴⁹ Como en el caso del texto de Geertz, coloco entre paréntesis el año de publicación del libro *Nationalism* (1994) en el que aparece un fragmento del estudio de Giddens y no la fecha de publicación de su trabajo original.

los procesos de industrialización que se dieron en su seno (cfr. Guibernau, 1996 y Jaffrelot, 1993). En sus propias palabras, “el nacionalismo no es sino la consecuencia de una nueva forma de organización social, derivada de la industrialización y de una compleja división del trabajo; si bien aprovecha la riqueza cultural heredada históricamente, las condiciones de su despliegue son las sociedades caracterizadas por la búsqueda de la riqueza, el crecimiento económico y la innovación tecnológica” (Gellner, 1991:179). Se observa como la sociedad industrial moderna constituye, debido a una sofisticada división del trabajo, el terreno propicio para fundar procesos de homogenización cultural, por la vía de la irrupción de modernos sistemas educativos⁵⁰ de carácter nacional que unifican criterios lingüísticos de comunicación, sobre la base de los cuales se asientan las ideas de progreso, crecimiento permanente y sobre todo movilidad social de cada uno de los individuos, cosa que les permite definir sus sentidos de pertenencia ciudadana.

En el mismo registro discursivo, pero colocando el acento en la dimensión sistémica y global del capitalismo, Wallerstein y Balibar (sostenidos en las investigaciones históricas de Braudel) apuntan que la formación de las naciones está conectada con la estructuración global de la economía-mundo en función del “papel que desempeñan en ella en un período dado, empezando por el centro. Mejor aún: se crean unas contra otras como instrumentos rivales en el control del centro sobre la periferia” (1986:139). Sin embargo, y para evitar una lectura funcional-económica del proceso de emergencia de las naciones, los autores enfatizan en que en su institución tienen que ver más las formas concretas de relacionamiento -dominación, hegemonía- político entre los grupos y clases dominantes y subalternas que la “pura” lógica económica del mercado capitalista mundial (ibid.:141).

Con estas breves menciones de tres importantes trabajos sobre el problema de la formación de las naciones es posible colocar, al menos, tres precisiones conceptuales con implicaciones analíticas para el desarrollo de este estudio: a) se descartan las versiones “perennialistas” respecto del origen de las naciones, b) la formación de las naciones responde a específicos procesos modernos -en los que las figuras del Estado y del Sistema Capitalista habrían jugado un rol de preponderante importancia, y c) se restituye la centralidad de la agencia humana en la producción de los sentidos de lo nacional: ya sea en términos de una conducción política instrumental desde el Estado, de intereses estratégicos de determinados grupos étnicos que conscientemente diseñan proyectos de unificación o por la vía de la necesidad de adecuación a un orden económico global, las

⁵⁰ La argumentación de Gellner sobre la emergencia de lo nacional reposa, en gran medida, en la importancia que atribuye a los sistemas educativos nacionales: “hubo una época en que la educación era una industria familiar, en que la aldea o el clan podían hacer hombres... hoy día la norma es la exsocialización, la producción y reproducción de los hombres fuera de la reducida unidad local, y así es como ha de ser”, sólo de esta manera -continúa la argumentación- la cultura ha podido dejar de ser el mero adorno, confirmación y legitimación del orden social fundado en procedimientos violentos y coactivos, “actualmente es el medio común necesario, el fluido vital, o mejor, la atmósfera común mínima en que los miembros de la sociedad pueden respirar, sobrevivir, producir” y reconocerse, agregaría yo (1991: 56-57).

interpretaciones señaladas ponen por delante la idea de una actuación deliberada de precisos agentes sociales, en constante relación y confrontación con otros, en la manufactura de la nación.

3.1.2.a Benedict Anderson: el estilo de confección de las naciones

El problema de la nación como un universal irreductiblemente asociado a la modernidad, como la democracia, el desarrollo, la ciencia, ha problematizado las vías a través de las cuales cada población o grupo social construye, fortifica y consolida su cohesión y coherencia. Baeschler advierte acerca del carácter autoritario que puede tener un constructo social como “la nación” en tanto que el ascenso que cada colectividad realice hasta constituirse como tal vendría a ser el preámbulo simbólico, requisito insalvable, de entrada en la modernidad (cfr. 1997: 9).

Touraine coincide con esta idea cuando afirma que “el nacionalismo es la movilización del pasado y de la tradición al servicio del futuro y de la modernidad”. Su función sería la de abrir la cultura o las culturas de su territorio al viento de la modernidad y la racionalización, al hacerlo construye también un ser nacional, “más modernizador que moderno” (Cfr. 1993: 181).

Esta aparente arbitrariedad en la construcción de lo nacional, permite comprender la insistencia de Anderson en definir a las naciones como “*comunidades políticas imaginadas como inherentemente limitadas y soberanas*” (1993: 23).

Las naciones son imaginadas: un guatemalteco no se encuentra, oye o interactúa con todos sus otros con-nacionales, nunca podrá oírlos si quiera, pero los imagina como perteneciendo a una misma colectividad, a un mismo núcleo tribal. La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. En otras palabras, las naciones son limitadas ya que también existen otras, cuya existencia es percibida por el “nosotros” como resultado de un proceso identificatorio definido desde la separación con una alteridad determinada. Esto significa que las naciones, donde quiera que aparezcan, estarán siempre relacionadas con la identidad del individuo, derivando de una definición en función de un otro.

La cualidad de lo nacional se presumiría soberana, porque “las naciones sueñan con ser libres” (ibid. 24). La garantía y el emblema de esta libertad es el Estado soberano⁵¹. Finalmente, Anderson plantea que la cualidad comunitaria de la nación deriva de que independientemente de la desigualdad y explotación que puedan existir, la nación se concibe como un compañerismo

⁵¹ Gupta, que en gran medida sigue la lectura de Anderson, plantea que la soberanía “*not only depends on the protection of spatial borders, but is above all the ability of state élites to regulate activities that flow across those borders, such as the crossing of commodities and surpluses, the passage of people in the form of labor, tourists...and the movement of cultural products and ideas*” (1992: 71).

profundo, horizontal. Las naciones están compuestas por individuos de diferentes niveles culturales y socioeconómicos, de diversas regiones, con grados de desenvolvimiento emocional y material diversos, a pesar de lo cual no dejan de ser percibidas como una unidad o una totalidad única por sí mismas.

Puede advertirse, entonces, que para los individuos la nación no es objeto de experiencias físicas directas por cuanto en conjunto supera el círculo y el área de percepción de cada uno³². Se trata de una idea, una imagen y una aspiración al mismo tiempo. Moviliza pasiones, emociones, representaciones y cálculos.

Anderson de esta forma se aleja de los enfoques convencionales sobre el problema de la constitución de lo nacional, a saber, aquellos que atribuían ciertos "vínculos comunes naturales" a todos los miembros de una sociedad, o veían a la nación como una confusa representación de una persona colectiva, de un organismo viviente que posee vida propia diferente de los individuos que la componen (cfr. Bobbio, 1982:1077).

Las explicaciones de Anderson, por tanto, aluden a un tipo diverso de construcción identitaria de lo nacional que -en primer término- plantea la posibilidad de constantes redefiniciones simbólicas de los elementos que crean sentido de pertenencia a cierta comunidad ilusoria. La fijeza o inmovilidad de los imaginarios que filtran los sentidos de lo nacional hacia las subjetividades queda desmentida y se abre paso de este modo a la figura analítica de una premeditada 'invención de tradiciones' (cfr. Hobsbawm, 1991), narrativas, mitos, héroes, territorios y textos que aglutinen o centralicen a los sujetos sociales en torno a nuevos agregados nacionales de identificación colectiva. Estos recursos simbólicos funcionarían como condensadores vinculantes e integradores en constante re-invención, por tanto, tendrían un carácter inestable y perentorio.

Eric Hobsbawm, en similar perspectiva, califica este proceso como una 'invención de tradiciones' que obedecería a una necesidad de establecer o simbolizar la cohesión social o la membresía de los grupos y comunidades reales o artificiales. Se trata de un ejercicio que históricamente surge de instituciones políticas, grupos y movimientos ideológicos que carecían a tal grado de precedentes que tuvieron que "inventar hasta su continuidad histórica creando, por ejemplo, un pasado remoto más allá de la continuidad histórica real, ya sea por medio de la semificción...o por la falsificación" (1992: 98). Esto, que el historiador inglés pensó en función de las sociedades europeas, resulta más evidente en los países latinoamericanos y andinos donde los Estados han sido los principales fabricantes de naciones (cfr. Baud. et. al, 1996).

³² Gellner plantea que el rasgo decisivo de una nación es el anonimato de sus hombres: "la nación es un gran conjunto de hombres de tal condición que sus miembros se identifican con la colectividad sin conocerse personalmente y sin identificarse de una manera importante con subgrupos de esa colectividad" (1993: 17).

Resulta de extrema utilidad al respecto el uso de la categoría de “etnicidad ficticia”, usada por Balibar y Wallerstein, para comprender los procesos de construcción de las naciones. Los autores utilizan esta categoría para denominar a “la comunidad formada por el Estado nacional...es una expresión voluntariamente compleja, en la que el término ficción...no se debe tomar en el sentido de pura y simple ilusión sin efectos históricos, sino todo lo contrario,...en el sentido de efecto institucional, de ‘fabricación’” (1986: 149). De esta forma toman una radical distancia con respecto a la idea de que las naciones poseerían naturalmente una base étnica; por el contrario, determinados actores e instituciones sociales construyen procesos selectivos de inclusión y exclusión de poblaciones, que pueden resultar etnificadas, a saber, “quedan representadas en el pasado o en el futuro *como si* formaran una comunidad natural...(con) una identidad de origen, de cultura, de intereses que trasciende a los individuos y las condiciones sociales” (idem. *Cursivas en el original*).

La cualidad ficticia de la composición de los recursos materiales y simbólicos que se ponen en juego para la constitución de comunidades nacionales asume, entonces, un carácter integrador que busca propiciar en los individuos imágenes de adhesión de largo plazo, construcciones de pertenencia a futuro, panaceas de continuidad. Este proceso no es arbitrario, obedece a cierto direccionamiento. Hobsbawm afirma al respecto que, “las tradiciones inventadas tienen una gran relevancia para esa innovación histórica comparativamente reciente, la nación, junto con todos sus fenómenos asociados: nacionalismo, el estado-nación...Todo esto descansa sobre ejercicios de **ingeniería social** que con frecuencia son deliberados y siempre innovadores, así sea sólo porque la novedad histórica implica innovación” (1991: 106. *Subrayado mío*).

He resaltado la expresión ‘ingeniería social’ para destacar que el imaginario de lo nacional sólo se establece a partir de una muy elaborada trama de procedimientos, planes, técnicas que prefiguran o establecen la circulación, uso e incorporación de ciertos materiales simbólicos con miras a predisponer a los sujetos sociales dentro de determinado sentido de pertenencia.

Hobsbawm plantea incluso que el elemento de invención de las naciones se hace explícito al observar como las historias patrias que llegaron a ser el fundamento de los conocimientos o de la ideología de la nación, no son usualmente lo que efectivamente se ha conservado en la memoria popular “sino lo que ha sido seleccionado, escrito, pintado, popularizado e institucionalizado por aquellos cuya función era hacerlo” (ibid: 105).

Esta idea es útil para colocar otro supuesto clave dentro del planteamiento de Anderson, a saber, la afirmación de que la “calidad de nación” al igual que el nacionalismo son artefactos particulares de una clase particular (1993:21). Dos efectos analíticos se desprenden de esta idea: a) lo nacional queda instrumentalizado (el vocablo ‘artefacto’ es muy decidor al respecto) como parte del arsenal

de variables políticas para el ejercicio de construcción de hegemonías, dominaciones, o de otras formas de conducir la reproducción societal; y b) esta tesis supone que la construcción de la imaginaria nacional, y las lógicas de pertenencia que despliega, implican un uso calculado de dispositivos de poder -sujetos a los intereses de ciertos grupos sociales- que se estabilizan y funcionan dentro de un complejo cruce y confrontación de fuerzas históricas divergentes. Por detrás de estos dos elementos, cabe reiterar, se expresa un intenso sentido de la agencia y la reflexividad humanas -no solo activado en torno de las clases dominantes sino de otras series institucionales y subjetivas.

Lo anterior resultaría incompleto si no se señala que en la lectura de Anderson se omite el papel que cumple la cultura popular en la construcción de imaginarios y narrativas nacionales. No todo el entramado simbólico activado para "producir nación" reposa en las maniobras políticas del estado o de las élites: los nacionalismos oficiales responden y se funden con los nacionalismos populares y acuden a ellos, expandiendo y articulando imágenes y representaciones de identidad y autoconciencia (cfr. Radcliffe y Westwood, 1999: 31-34).

Tal idea se evidencia cuando se piensa que -como en los casos de España, Canadá, Gran Bretaña, entre otros- el ascenso de las entidades nacionales no ha resquebrajado en ningún momento los sentidos alternativos y diversos de comunidad o las estructuras de sentido que pueden expresar sentimientos anti-estatales o incluso antinacionales. Desde la decodificación de las prácticas y narrativas populares se puede percibir como las relaciones e instituciones sociales y espaciales de corte barnal, local, regional, étnico, de género continúan existiendo dentro y a lo largo de la nación⁵³. De ahí que, para comprender los sentidos de lo nacional en cualquier sociedad deba procederse no solamente por la deconstrucción de las narrativas oficiales sino por la ubicación de las prácticas culturales y los 'códigos locales de recepción' que caracterizan la práctica y el discurso popular en sus definiciones cotidianas y disputas de sentido acerca de lo nacional (cfr. Radcliffe y Westwoof, 1999: 40).

De esta forma, lo nacional queda abierto como un ámbito de disputa semántica, conceptual, simbólica, que interpela desde distintas posicionalidades a grupos sociales interesados en proveer imágenes, símbolos, narrativas, ejes articuladores en torno a los cuales construir sentidos de pertenencia y representaciones inclusivas para los individuos, y en un segundo nivel, sentar las bases para viabilizar un proyecto político-cultural de carácter más amplio. Emerge de forma contundente la noción de que "las naciones se construyen mediante el proceso *conflictivo* de su autodeterminación" (Barsa, 1999:155. Subrayado mío).

⁵³ Anderson reconoce marginalmente esta ideas cuando afirma que las naciones contemporáneas deben ser registradas como una mezcla de expresiones populares, oficiales y mezclas de nacionalismo (cfr. 1993: 78).

Tal carácter de lo nacional, de los nacionalismos, de las identidades nacionales generan una doble exigencia analítica: atender al proceso y al producto, al estilo de la fabricación y a las imágenes de ella derivadas, a los mecanismos, posicionamiento e intenciones que ciertas fracciones políticas de una colectividad ponen en juego para la constitución de los símbolos, signos e instrumentos articuladores-homogenizantes; y a las cualidades ilusorias que van resultando de esta continua reinención.

Esta idea toma cuerpo si, siguiendo siempre a Anderson y además a Balibar y Wallerstein, señalamos que no resultaría viable equiparar la 'invención' a la 'fabricación' y a la falsedad, sino más bien a la imaginación y a la creación. No existen comunidades más verdaderas que otras, todas las comunidades que superan un cierto nivel de contacto directo son imaginadas. De ahí que no se las deba distinguir por su falsedad o legitimidad, "sino por el estilo con que son imaginadas" (cfr. 1993: 24. Subrayado mío).

Del relato desplegado hasta este punto surgiría una suerte de absolutización de la dimensión estratégica, planificada, o volutiva de la invención de las naciones. Cabe matizar esta idea en relación a dos aspectos. El primero tiene que ver con que el arreglo, acomodo y diseño de un conjunto de símbolos y emblemas que posibilitan la existencia y continuidad de lo nacional estaría instituido en un momento dado de la reproducción del imaginario dentro de un esquema de división del trabajo social. En este sentido Anderson plantea que "lo que...hizo imaginables a las comunidades nuevas, era una interacción semifortuita, pero explosiva entre un sistema de producción (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana" (1993: 70).

Por otro lado, a pesar de atribuir un carácter ficticio al proceso de construcción de lo nacional, Anderson no asume que tales actos ilusorios de creación se produzcan al margen de cierta materialidad simbólica, temporal y espacial (el rol central que asigna dentro de este proceso a la lengua, a la imprenta en el capitalismo moderno, al estado y a sus mecanismos de intervención es decidor al respecto)⁵⁴. La recreación de los imaginarios, sus desajustes y reacomodos se elaboran en función de elementos -lengua, religión, espacio- que históricamente han ido dotando de contenidos densos a la sensación de pertenencia de los individuos a determinada comunidad. Ello reduce la sensación de inestabilidad y ductilidad en la configuración de comunidades nacionales.

⁵⁴ Autores como Smith y Hutchinson consideran que el trabajo de Anderson ha dado lugar a una variedad de lecturas posmodernas de las identidades nacionales -"his concepts of 'print capitalism' and 'imagined community' have illuminated the cultural sources of nationalism and have been especially influential for post-modernist analyses" (1994:362). Por ello cabe resaltar la necesidad de contextualizaciones densas para entender los contenidos y modalidades de institución de lo nacional.

De allí que, el supuesto de que las identidades sociales se definirían a partir de una multiplicidad de interacciones dentro de espacios cuyos contornos no podrían ser delimitados, debe matzarse con la postura de Anderson quien otorga especial atención en la invención de las naciones a las aristas históricas y territoriales con que las naciones se definen como soberanas y limitadas dentro de escenarios políticos con una configuración precisa⁵⁵.

3.2. Estado, legitimidad y ciudadanía: la articulación política de lo nacional en la era democrática

Pensar la invención de naciones, como un resultado de la confrontación de distintos intereses sociales, implica, como ya lo insinué, que “se debe considerar la nación (como modelo) y el nacionalismo (como doctrina política detrás de la formación de naciones) como opciones estratégicas” (Baud et. al, 1996: 74). Esto coloca en el debate que la formación de la nación implica cierto grado de articulación y consenso políticos y de cohesión social y cultural entre los habitantes (ibid: 75).

En esta dirección se deben entender los postulados de Eric Hobsbawm cuando enfatiza que, en la era de las revoluciones -la época moderna-, el apuntalamiento de las comunidades nacionales por parte de los Estados no fue únicamente producto de necesidades administrativas sino además de estrategias de legitimación de los nuevos grupos de funcionarios públicos y elites político estatales nacionales en su afán de generar vínculos supra-locales que permitieran la emergencia y consolidación, ante los ojos incluso de los habitantes de los pueblos más pequeños, de una novedosa estructura institucional con vocación totalizante (cfr. 1991: 89-95).

En los países donde la formación de los imaginarios nacionales y de las variables e ideas que contenían lo nacional han sido, fundamentalmente, procesados y conducidos desde los Estados, como es el caso de los países de la región latinoamericana y andina (cfr. Bustamante, 1997; Radcliffe-Westood, 1999; Anderson, 1993; Hobsbawm, 1991; Manguashca, 1992; Baud.et.al,1996), las cuestiones relativas a la construcción de cohesión, integración, y legitimidad pasan a formar parte nodal de los dispositivos de gestión estatal del espacio, el territorio, ‘la cultura’, y la población nacionales, en una forma tal que los rendimientos que obtengan en estos niveles pueden considerarse además, en términos analíticos, filtros de evaluación de la cualidad e intensidad de su desempeño institucional como eje de posibles y necesarias articulaciones hegemónicas.

En efecto, desde el siglo XIX los Estados modernos y las elites gobernantes se vieron involucrados en un tipo de intervención que debía ligar la noción de gestión directa de poblaciones definidas en torno de cierta territorialidad -prefigurada como- continua e ininterrumpida, con aquella de la

⁵⁵ Ver al respecto el apartado “Ducilidad y contextualización” en el primer capítulo de este estudio.

extracción o generación de **consentimiento activo** de sus habitantes. Tal vinculación haría posible la reproducción continua de tales intervenciones en el tiempo y facilitaría el potencial uso de éstos últimos en términos de recursos materiales (bajo la figura de contribuyentes) o simbólicos (reclutas de los ejércitos estatales) bajo cuyo soporte se sostienen los Estados.

Así, se comprenden los esfuerzos que en términos administrativos ensayaron permanentemente las elites estatales como mecanismos de ocupación espacial y simbólica que posibiliten la institución imaginaria de vínculos de pertenencia nacionales. En el mismo proceso de despliegue del aparato estatal -intervención técnica y simbólica sobre poblaciones agregadas territorialmente- se edifican las bases de construcción de los sentidos de lo nacional y se prefiguran las formas, atributos y alcances de la **legitimación** de las estructuras institucionales estatales activadas.

Tal y como documenta Eric Hobsbawm, desde inicios del siglo XIX se multiplican las vías censales, se institucionalizan las políticas de recopilación y registro de datos sobre las características de la población (minuciosos paquetes de observación de los nacimientos, defunciones, matrimonios, etc.), se promueve una asistencia teóricamente obligatoria a la escuela primaria y en algunos países se dispone el servicio militar obligatorio (1991: 89-92). Se trata de intervenciones estatales universales, regulares y planificadas sobre la base de la posibilidad de instaurar un nuevo tipo de relaciones entre el estado y la sociedad.

Haciendo un paréntesis conceptual, útil para remarcar la dimensión política del problema, quisiera notar que este proceso de intervención del Estado fue visibilizado por Michel Foucault en torno a la idea de la progresiva gubernamentalización del Estado que, en occidente, no habría dejado de ocurrir desde el siglo XVIII; se trata de "la preeminencia de este tipo de poder que se puede llamar gobierno sobre todos los otros: soberanía, disciplina, etc., y que ha implicado, por una parte, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, y por otra, el desarrollo de todo un conjunto de saberes" (1982: 25).

Se trata de la construcción de técnicas, dispositivos, mecanismos, discursos e instrumentos para la administración, control y disciplinamiento de la población, en una perspectiva que ligue su sostenimiento en el tiempo con la posibilidad de asegurar las condiciones de vida de cada individuo. El Estado moderno logra fundir así acciones dirigidas hacia un conglomerado fijado espacialmente con aquellas prácticas individualizadas de poder -la bio política-, tejiendo así una táctica individualizante a la vez que global³⁶.

³⁶ Un mayor análisis al respecto puede ser encontrado en los textos de Foucault: *La Gubernamentalidad* (1982), *Las tecnologías del yo* (1990), *la Genealogía del Racismo* (1993).

Así, cuando se logró demostrar³⁷ que la población tiene una regularidad propia, un comportamiento demográfico específico, un modo de actuar, una forma de aglomeración determinada y con cierto tipo de efectos (ver epidemias, mortalidad, trabajo, riqueza, etc), es decir cuando se observó que la población produce efectos económicos -en el original sentido del término- específicos, se eliminó definitivamente el modelo de la familia que hasta entonces había estado vigente como modelo de gobierno, y se pasó a la puesta en práctica de un conjunto de procedimientos específicos³⁸ de administración de la sociedad en un territorio ampliado.

Precisamente, a partir de este modo de concebir los fines políticos del Estado, se hace aparecer a la población como un dato, como un campo de gobierno y de intervención, y se explicita que el fortalecimiento de tal esfera no puede ocurrir naturalmente, tiene que ser construido, guiado y dirigido a través de tecnologías específicas orientadas a la población (cfr. Cruikshank, 1993: 336)³⁹.

De esta forma emerge claramente la idea de que "el gobierno y el ciudadano se veían vinculados inevitablemente por lazos cotidianos como nunca antes había ocurrido" (Hobsbawm, ob.cit.). Las transformaciones y la ampliación de los campos de las comunicaciones y el transporte (ferrocarril, telégrafo, carreteras) aceleraron tal proceso. El estado construye tramas de vinculación con la población y el espacio, los crea, define y regula, y simultáneamente condensa para sí vehículos de adhesión y lealtad políticas.

Dos campos, a la vez histórico-políticos e interpretativos, aparecen como factores claves para dar cuenta del proceso instrumental y simbólico que se genera en torno de la creación de lo nacional: a) la dimensión técnico-administrativa de la intervención estatal que alude a los atributos y formas de la maquinaria de intervención pública para vincular directamente a los ciudadanos al gobierno del estado (los agentes involucrados, sus prácticas administrativas, la gestión y difusión de lenguas nacionales, por ejemplo); y b) el problema de la lealtad, de la población en general y de cada

³⁷ Foucault hace alusión a la Estadística (como ciencia del Estado) como uno de los medios de descubrimiento de la especificidad del fenómeno poblacional (cfr. 1990).

³⁸ Tanto para el descubrimiento de la especificidad de los fenómenos poblacionales, como para el ejercicio mismo del gobierno, fue indispensable la constitución de un "*saber de gobierno*", vale decir, de un sistema de conocimientos específicamente referido a los problemas de la población. Para Foucault, esta ciencia de gobierno era la economía política. En suma, "el paso de un arte de gobierno a una ciencia política, de un régimen dominado por la estructura de la soberanía a otro dominado por las técnicas de gobierno se opera en el siglo XVIII en torno a la población y en torno al nacimiento de la economía política" (cfr. 1993). Este argumento puede ser empatado con aquel de Gellner, antes esbozado, sobre las relaciones entre nación, estado y capitalismo industrial.

³⁹ Para una lectura extendida de los usos de Foucault para abordar el problema de las relaciones estado-población y gobierno confrontar los trabajos: "Más desarrollo por favor", Franklin Ramírez Gallegos (1995), y "La invención de Tercer Mundo", Arturo Escobar (1998).

individuo en particular, al estado y al sistema gobernante y el de la identificación con ellos: la nación posibilita que el conjunto de ciudadanos se interesen en el país y con ello permitan que el Estado hasta cierto punto sea considerado de “su” propiedad (ibid.).

3.2.1 Democracia, hegemonía y nación

La complejidad del proceso de legitimación e identificación con las estructuras estatales nacionales corresponde y debe ser registrado en relación al problema, derivado de las transformaciones radicales abiertas por la revoluciones modernas ocurridas desde 1789 en adelante, de la democratización o, al menos, electorización de la política. Pulverizados los mecanismos “automáticos” de adscripción a la autoridad -la ordenación divina, la herencia dinástica, el derecho histórico o religioso- la práctica política de las nuevas formas de gobierno estaba compelida a crear, producir o construir lealtad, cohesión y adhesión de parte de masas de individuos que ya podían contar (en forma nominal al menos) con la posibilidad de una participación política en calidad de ciudadanos.

De esta forma, en la generación de una lealtad política hacia la nación, los sectores gobernantes y las élites estatales debían contar con la posible competencia, en términos institucionales e ideológicos, de parte de sectores sociales emergentes⁶⁰. En otras palabras, la apertura de una serie de reglas institucionales democráticas que posibilitaban diversos grados y modos de expresión políticas colocaban en el centro de la relación estado-sociedad un permanente potencial de enfrentamiento, disyunción y competencia por el tipo de “lealtades cívicas” que se podían generar para sedimentar distintas trayectorias de filiación identitaria:

“...la democratización de la política, es decir, por un lado la creciente ampliación del derecho (masculino) al voto, y la creación del estado moderno, administrativo, que movilizaba a los ciudadanos e influía en ellos, colocaba tanto el asunto de la “nación” como los sentimientos del ciudadano para con lo que considerase su “nación” o ‘nacionalidad’ u otro centro de lealtad, en primer lugar del orden del día político” (Hobsbawm, 1991:92).

Este extensa cita es de utilidad para evidenciar el pliego de relaciones abiertas entre el estado moderno, la nación -en tanto un conjunto de habitantes considerados como una suerte de colectividad en un territorio determinado- y la democratización de la política en torno de problema de la legitimidad y la lealtad de los ciudadanos hacia sus intervenciones.

⁶⁰ Hobsbawm señala que este proceso se daba especialmente cuando tales sectores representaban a nuevas clases sociales desde el punto de vista histórico y que, por ende, carecían de un lugar tradicional en el esquema general (1991:92).

Los atributos de inestabilidad, disenso y conflictividad propios del espacio político democrático ponen de relieve la idea de que los actores estatales, y los sectores oficiales y subalternos se encuentran inevitablemente compelidos a un ejercicio de confrontación y disputa significativa y política respecto a los contenidos con los cuales fijar formas de articulación, reconocimiento y legitimidad sociales y políticas. El estado se ve imbuido en un juego incesante de “ingeniería simbólica” para procesar diversos instrumentos y significados que posibiliten la identificación de la población con su andamiaje institucional, con la peculiar característica de que en tal proceso debe considerar el tipo de consumo, apropiación, o contra-argumentación que los diversos sectores sociales puedan efectuar en torno de sus dispositivos.

La necesidad de proporcionar un fundamento “nacional” a las nuevas estructuras institucionales estatales, como parte de su demanda de legitimación, devino más compleja con la democratización de la política. La identificación con una nación es un componente insoslayable para la generación de lealtad cívica de los ciudadanos hacia el Estado; sin embargo, los métodos de inculcación de tal filiación identitaria no decurren más, como en los sistemas políticos pre-democráticos, en sentidos unidireccionales y unívocos, controlados sigilosamente por actores e instituciones de vocación totalizante; por el contrario, deben desplegarse asumiendo los desafíos que otros sectores sociales les interponen y activan como mecanismos, también, de promoción de “lealtades no-oficiales” en función de otros proyectos políticos, ideológicos, éticos, religiosos, etc.

En suma, la pragmática democrática debilita cualquier pretensión, del Estado y de sus elites, de una legitimación plena y de una identificación automática entre el aparato burocrático en cuestión y el conjunto de ciudadanos administrados territorialmente, a saber, la comunidad nacional imaginada. Incluso, la identificación del Estado con una nación comporta permanentemente el riesgo de crear diversos contra-nacionalismos, riesgo intensificado con la propia modernización del aparato estatal que para ello ha requerido la producción, cada vez más fuerte, de procesos de homogeneización y estandarización de sus habitantes, “especialmente por medio de una ‘lengua nacional’ escrita” (Hobsbawm, 1991:103).

La vulnerabilidad de los filtros de pertenencia explica el incesante despliegue de la maquinaria estatal para generar mecanismos comunicacionales estables, previsibles y regulares con sus ciudadanos: el caso de las escuelas primarias, sobre todo, refleja este intento de “propagar la imagen y la herencia de la ‘nación’ e inculcar apego a ella y unirlo todo al país y la bandera, a menudo “inventando tradiciones” e incluso naciones para tal fin” (ibid.). Los estados, sus elites y funcionarios, entonces, efectúan un sostenido trabajo material y simbólico para crear y reforzar *ad infinitum* el nacionalismo de estado con los sentidos, íconos, símbolos y artefactos, como quiera que

estos se presenten⁶¹, que puedan propiciar la cristalización de la “comunidad imaginada”.

Como queda insinuado, esta construcción ideológica de lo nacional no debe ser leída como un mecanismo vertical de manipulación desde el Estado, por el contrario, tal como lo documentan en términos históricos y sociológicos los estudios de Radcliffe y Westwood (1999), de Michel Baud y otros (1996), y el de Hobsbawm (1991), en la producción del imaginario nacional se yuxtaponen, conectan y funden los relatos nacionalistas dominantes con los sentimientos nacionalistas extraoficiales (o ‘nacionalismos populares’) en formación o ya existentes. Esta advertencia tiene particular importancia en términos teóricos puesto que conduce el problema de las relaciones entre nación-legitimidad-y-democracia al campo lógico y político de la hegemonía.

La lectura que Laclau y Mouffe hacen del concepto de ‘hegemonía’, de inspiración gramsciana, alude a la posibilidad de entender las relaciones sociales desde una lógica articuladora del conjunto del tejido social. La articulación hegemónica sentaría las bases para una práctica democrática de la política al aceptar una pluralidad de sujetos históricos, con diversos ámbitos de lucha y diversas reivindicaciones, que no pueden reducirse a una única pertenencia identitaria. El sentido de las luchas depende de su articulación, del tipo de consensos discursivos construidos, y su progresividad no está garantizada o determinada de antemano (cfr. 1987).

La lógica de la hegemonía aparece, en un primer momento, como una articulación de posiciones diferenciadas de sujeto que, en otro nivel, se articulan en torno de núcleos significativos indeterminados. Los actores sociales no están relacionados por medio de conexiones esenciales (que los constituirían en partes del paradigma etapista propio de las teorías sociológicas modernas) y su sentido mismo depende de articulaciones hegemónicas cuyo éxito no está garantizado por ninguna ley de la historia. Es decir, que los sujetos sociales construyen sus identidades dentro del proceso articulador con las fuerzas que los hegemonizan⁶². Estas formas de articulación, que surgen tenuemente, comienzan a ser pensadas, elaboradas teóricamente, a recibir nombres y se incorporan así a la propia identidad de los agentes.

⁶¹ Radcliff y Westwood utilizan la noción foucaultiana de “sitios” para localizar y entender los puntos en torno a los cuales se fija el entramado articulador sobre el que reposan los relatos identitarios nacionalistas (cfr. 1999).

⁶² La hegemonía gramsciana introduce al movimiento de dirección política uno de conducción intelectual-moral: se opera así una transición decisiva hacia un nuevo concepto de hegemonía, porque si un liderazgo político puede establecerse sobre la base de una coincidencia coyuntural de intereses -que mantiene incuestionada y separada la identidad de los sectores involucrados, un liderazgo intelectual supone que hay un conjunto de “ideas” o “valores” que son compartidos por varios sectores, es decir que ciertas posiciones de sujeto cortan transversalmente a varios sectores de clase. Tal liderazgo ético constituye para Gramsci una síntesis más alta, una “voluntad colectiva” que, por medio de la ideología, pasa a ser el cemento unificador de un “bloque histórico” (cfr. Laclau y Mouffe, 1987: 75-77).

Precisamente, quisiera plantear que los contenidos de institución de lo nacional, la nación o las identidades nacionales -consideradas como espacios abiertos en constante proceso de elaboración semántica- pueden ser entendidos como ejes o nodos centrales para el ejercicio de articulación hegemónica. Como plantea Mouffe tales ejes “fijan parcialmente el sentido de una cadena significativa y permiten detener el flujo de los significantes y dominar provisoriamente el campo discursivo” (1996: 10. Subrayado mío).

En efecto, la imaginación de la comunidad nacional incidirá en la forma en que los actores sociales irán situándose, calculando, incorporando, negando o negociando sus posiciones políticas con otros sectores; en otras palabras, en torno del proyecto de lo nacional los diferentes actores sociales se posicionan según sus respectivos “códigos de interpretación o recepción” de los ejes simbólicos condensadores de la imaginaria nacionalista. Lo nacional aparece entonces, permanentemente, como fuente de legitimación y contestación⁶³ de acciones políticas y de proyectos ético-políticos de largo alcance para la reproducción y la adjudicación de sentidos al campo social (cfr. Cohen, 1995). Esto explica la importancia que Gramsci atribuyó a lo nacional-popular y a un concepto como “Estado-integral” como matrices discursivas articuladoras, en el que los sectores dominantes por medio de la práctica hegemónica van modificando incluso su propia identidad (Laclau-Mouffe, 1987: 80-83).

La formación de la nación implica, como quedó sugerido en las tesis de Anderson y Hobsbawm, un elaborado proceso de disposición, circulación, control y ordenamiento de precisos símbolos y emblemas a partir de los cuales sectores políticos en confrontación buscarían legitimar sus estructuras institucionales y mecanismos de poder. Esto ayuda a visualizar la forma en que la definición de lo nacional, su proceso de imaginación y el constructo final, son elementos claves para la conflictiva articulación de intereses políticos, culturales, sociales, éticos en un campo social dado. En términos de Radcliffe y Westwood, “*the process of defining ‘the people’ in a particular nation is a long-term one, and often conflictual, demanding ideological work to create homogeneity within the nation...*” (1996: 10)

Tres consecuencias analíticas se desprenden de una aproximación política al problema de las identidades nacionales:

- en el proceso de institución de lo nacional, el Estado ha producido una prolija estrategia de gubernamentalización de la sociedad (vista bajo la diada población-territorio), lo que en la era de la política democrática moderna significa e implica la generación de dispositivos de

⁶³ Estamos en el terreno de las identidades culturales como escenario y objeto de luchas políticas, de ahí que “la existencia social de un grupo se construya siempre en conflicto...este es uno de los terrenos principales en que se ejerce la hegemonía” (cfr. Mouffe, 1996: 10)

pertenencia y articulación de la ciudadanía, que pueden estar desafiados por otros relatos: en este nivel, caracterizar la creación del imaginario nacional (el método y la cualidad de su cristalización) es clave para comprender los alcances y límites del proyecto nacional en una unidad social dada y, consecuentemente, el tipo y la intensidad de la legitimación de la estructura institucional (sobre todo estatal) que lo sostiene.

- se puede decir, por tanto, que la legitimidad del Estado pasa por un ejercicio hegemónico de construcción del imaginario nacional que absorba y evidencie la yuxtaposición y enfrentamiento de diversos relatos nacionales y de los distintos actores políticos que los viabilizan: los diversos sujetos sociales interpelados han negociado sus identidades en torno de un relato "mayor" que condensa y desdobra la multiplicidad de identidades existentes.
- el papel de las elites estatales y gubernamentales, entonces, resulta de capital importancia para entender el ejercicio de institución de lo nacional y los contenidos con que se sedimenta; la continuidad, persistencia, atrofiamiento o parálisis de los dispositivos de gobierno en la producción de lo nacional tendrán invariablemente un alto grado de afectación sobre las formas en que el imaginario nacional se desenvuelva en el tiempo.

4. Recapitulación

Los siguientes "productos analíticos", resultado de la combinación de los enfoques conceptuales expuestos, guiarán el acercamiento a la cuestión nacional en el Ecuador de fin de siglo.

a) La nación, la nacionalidad, son el resultado de algún tipo de decisión más o menos artificial que una comunidad en ciernes toma para constituirse como tal. La historia de lo nacional comienza a través de un acto conscientemente deseado y por tanto no implica la existencia previa de algún vínculo natural entre individuos. La artificialidad del hecho nacional implicaría que las identidades nacionales son creadas y además están en un proceso abierto y perpetuo de reinvencción "que no remite necesariamente a un contrato original, a un acto creador acabado, a una historicidad convertida en monumento intangible" (Bustamante, 1997:3).

b) La identidad nacional es una construcción en perpetuo rediseño y permanente disputa. Se trata de una configuración resultado de las contiendas entre aquellos sujetos que luchan por hacerse dueños del contenido semántico de la nacionalidad (ibid).

c) En la constitución de las diversas identidades nacionales y étnicas se entrecruzan e interactúan procesos anónimos y proyectos conscientes, estructuras funcionales contingentes y acciones intencionales de actores individuales y colectivos. En el nivel teórico el estudio de las identidades nacionales implicaría un cierto uso del individualismo metodológico en el marco de una teoría de la

acción racional (Barsa, 1999:155).

d) Al trabajar y asumir a las naciones como comunidades imaginadas es necesario interrogarse acerca de quién imagina la comunidad, cómo lo hace, desde dónde, y cuáles son las consecuencias en las comunidades locales excluidas de ese imaginario. Tales preguntas conducen a prestar atención a los contextos institucionales, los marcos históricos y los escenarios de espacio y tiempo en que las identidades se constituyen, y al mismo tiempo valorar las prácticas de los actores sociales involucrados.

Por estas razones, es posible caracterizar a la construcción de lo nacional desde una triple dimensión: relato (ficción), instrumento político de búsqueda de legitimidad y hegemonía, y principio de organización social. La primera corresponde a una función básicamente simbólico-integradora y las dos últimas poseen una especificidad de articulación y normalización políticas.